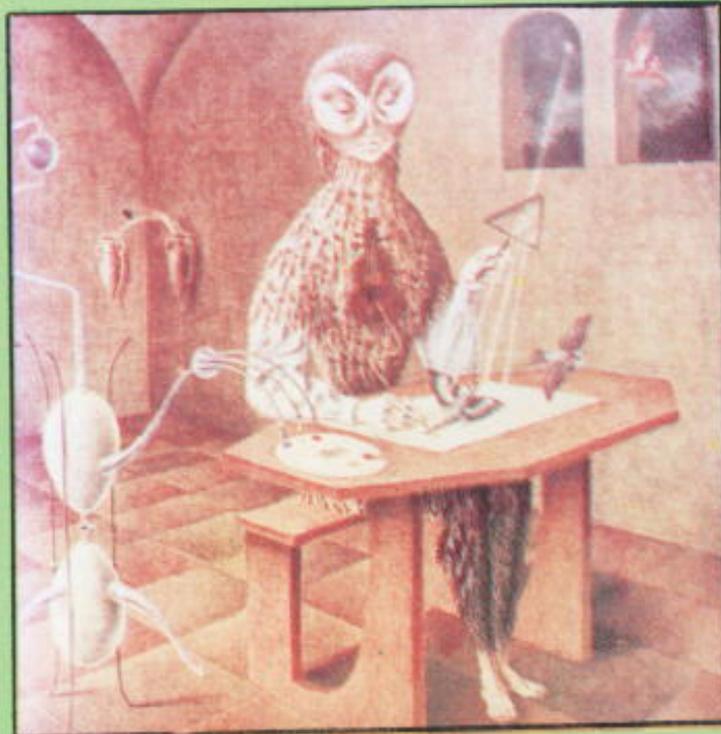




Sagaz y atrevida novela por la autora
de **EL VARON DOMADO** **Esther Vilar**



*Las Matemáticas
de Nina Gluckstein*

ACERCA DE LA AUTORA

Escritora y doctora en medicina, nació en Buenos Aires, Argentina, en 1935, hija de padres emigrados de Alemania.

Publicó panfletos (El varón domado), ensayos (Viejos, El placer de no ser libre), cuentos: (Nada de Mozart, por favor), y ocho obras de teatro (La Papisa americana, Penélope, La estrategia de las mariposas, Mensaje muy equivocado...)

Vive actualmente en Suiza.

Las matemáticas de Nina Gluckstein es su primera novela.

"Esther Vilar escribió su mejor libro".

BUNTE, revista semanal, Munich

"Hombre y mujer son los ingredientes. Esther Vilar los observa como si se tratara del comportamiento de insectos. Ameno y divertido, sí. Pero también da escalofríos".

SCHWEIZER ILLUSTRIERTE, revista semanal, Zürich

"Esther Vilar escribió una novela que es puro placer de leer. La historia — cómo despertar y mantener despierta la pasión de un ser adorado. La receta; — nunca confesarle la propia pasión".

FUER SIE, revista semanal, Hamburgo

"Esther Vilar sigue siéndose fiel a sí misma. El lector que hasta ahora se ha sentido contrariado por sus sentencias y clasificaciones extremas, también aquí tendrá ocasión. Pero el que admira el estilo provocante, el poder analítico y las frases brillantes de esta autora, encontrará en Las matemáticas de Nina Gluckstein todo lo que busca".

NEUE ZUERCHER ZEITUNG, diario, Zürich

"El tema: Como funciona el amor. Y justamente la falta de últimas repuestas provoca el gran impacto de esta novela".

DER BUND, diario, Bern

"Una nueva Vilar, que utiliza sus recursos de manera elegante y sobria. Un libro fuera de lo común".

ABENDZEITUNG, diario, Munich

"La fórmula para un amor feliz: No le muestres al otro hasta qué punto lo adoras y conquistarás su amor para siempre. Fácil en teoría y terriblemente difícil de vivir. Todos los que han sufrido por amor se interesarán por la estrategia de Nina Gluckstein".

WELT AM SONNTAG, diario, Hamburgo

Esther Vilar

*Las Matemáticas
de Nina Gluckstein*

EDiViSiON
COMPAÑÍA EDITORIAL, S.A.
MÉXICO

1

ME LLAMO ROBERTA GÓMEZ DAWSON y es probable que aunque desde los arios de escuela no hayan vuelto a leer poesía, hayan oído hablar de mí. De acuerdo con una encuesta realizada en noviembre del ario pasado, el cincuenta y siete por ciento de los habitantes de Buenos Aires todavía conoce mí nombre, el treinta y cuatro por ciento sabe que es el de una escritora, el trece por ciento puede nombrar el título de alguno de mis libros, y el dos por ciento aún es capaz de recitar uno u otro de mis versos. Y desde las festividades con ocasión de mí septuagésimo aniversario -ya han pasado otros doce arios desde entonces-, también los críticos han dejado de acosarme: nadie quiere escribir una ejecución literaria publicada por los periódicos al mismo tiempo que la noticia de la muerte de la víctima por causa natural. Por eso hoy prefieren llamarme "la vieja dama de la literatura argentina". Lo menciono para mostrarles que en un momento dado, la fama literaria también llega a perder su capacidad de causar impresión.

En los comienzos, me preguntaba yo a menudo por qué precisamente en esta profesión, en que todos se dan aires de tanta humanidad, hay mucho más brutalidad que en

otras partes. Yo llegué desde el mundo de las ciencias naturales, de las matemáticas. También ahí existen la rivalidad y la envidia, pero nunca estas matanzas. Pero los literatos son peritos de la palabra y los sentimientos. Poseen las armas más tajantes y saben perfectamente a qué lugar apuntar para acabar con un rival.

Lo anterior está pensado también como advertencia para los futuros lectores de este librito, en caso de que pueda terminarlo siquiera, pues trabajo más pausadamente que antes, y mi probabilidad de vida de hecho está limitada: una persona de ochenta y dos años y del sexo femenino puede contar todavía, en esta parte del país, con una expectativa de vida de dos años; toda computadora casera produce hoy este horóscopo. Pero, en caso de que lo publique y si entonces llegara a haber reacciones positivas, probablemente se deberá sobre todo a mi avanzada edad. La prosa nunca me ha interesado en particular; mi ambición siempre fue la lírica. ¿Será consecuencia de mi ocupación en las ciencias exactas? Puede ser. Las normas por las cuales mido la validez de una manifestación literaria - *carácter absoluto, falta de contradicciones, integridad*- las encontré satisfechas a veces en poemas, casi nunca en novelas y cuentos. Son, por cierto, las mismas formuladas por el matemático Hilbert a principios de este siglo para la idoneidad de los axiomas. No existe -según esta norma- una forma de expresión artística más satisfactoria que el poema. ;

Si ahora, después de veintiún años, vuelvo a hacer el esfuerzo de realizar un trabajo literario y no obstante elijo la forma narrativa, ello es la intención, del todo pragmática, de llegar al mayor número de lectores posible. Pues la mayoría de ustedes parecen obtener tan poco de los versos como de las fórmulas. Desde mi punto de vista -y en ambos casos- ¡de cuánto se pierden!

2

TODOS LOS AÑOS, NUESTRA prensa vuelve a informar acerca de mi turbulento pasado y de mis hábitos actuales, ¡ay! tan extravagantes. Poco hay de cierto. Los periodistas inventaron algunas de estas historias, otras, yo misma, para desviarlos de mi verdadero pasado y mis verdaderos hábitos. Siempre he procedido así. En cuanto alguien se aproximaba demasiado a mí -y dado que hay más interés por las mujeres de éxito que por otra gente, esto sucedía, por desgracia, a menudo-, inventaba algo que al punto lo pusiera otra vez sobre una pista falsa. Mi diversión y mi justo derecho. Además, me parece un papelón que alguien cuya profesión consiste en forjar mentiras lo más libres de contradicción posible, diga la verdad precisamente acerca de sí mismo. ¿Qué opinaríamos de un maestro sastre que anduviera desnudo?

Acerca de mi vida privada -lo digo no sin orgullo- nadie ha averiguado nada notable hasta el día de hoy, pese a todos los intentos. Si ahora hablo por primera vez de ella, es por libre decisión y dos buenos motivos. Por una parte, porque en cierta forma guarda relación con la historia que voy a contar. Lo que aquí quiero hacer es tratar de rehabilitar a Nina Gluckstein, una mujer a quien no conocí en persona, pero cuya suerte, con todo, me afecta cada vez más. Y tal vez se comprenda mejor el acierto de su manera de proceder si primero hablo de mí y de mi gran error. Por otra, porque se trata de contrarrestar la formación de leyendas en torno a mí, que a nadie pueden resultar más penosas que a mí misma.

Sé que los jóvenes necesitan ídolos; después de todo, siempre he señalado yo misma este mecanismo fatal. Me acuerdo del pequeño volumen *Oraciones para ateos*, mis primeros poemas y a la vez mí primer escándalo: nuestra Iglesia, en esa época todavía bastante poderosa, reconoció en él "una peligrosa incitación a la soberbia". No obstante, o precisamente por ello, debo defenderme de que los poetas y las poetisas en ciernes crecientemente me pongan a mí como monumento. Si a toda costa quieren colocar a alguien sobre un pedestal, por supuesto no puedo impedirselo. Sólo puedo reiterar una y otra vez la entrañable súplica de que elijan a otro. No soy digna de su veneración, ni la soporto. Durante toda mi vida tuve más poder de lo que hubiera deseado.

Además, estoy segura de que sólo las personas muy tontas disfrutan de su poder sobre otros: ¿cómo es posible que alguien con fuerza imaginativa desee hacerse responsable por la suerte de gente desconocida? Poder sobre mí, eso sí me hubiera gustado. Pero ni yo misma conseguí mi célebre "soberbia". De ser así, ¿hubiera sentido el deseo de describir esta hazaña?

3

EL RUMOR DE LA gran novela en la que trabajo en secreto, la obra de mi vejez. Sólo porque e dan cuenta de que sigo pensando y sin embargo no he publicado nada durante décadas. Aquí debo hacerles una confesión a mis lectores: la mayor parte de mis poemas desgraciadamente no los escribí para ustedes, sino para un tercero muy determinado. Y de hecho rompí con la literatura hace veintiún años. La persona para la que escribía, el hombre de mi vida, el único público de importancia para mí, falleció

aquel año. ¿Para qué había de seguir escribiendo? ¿Para ofrecerle mis publicaciones sobre la tumba?

Mis talentos polifacéticos, hoy ponderados con tanta frecuencia, mi asiduidad. ¡Cuántas cosas escribí! Poemas, baladas, epigramas, rimas infantiles, canciones, el texto para aquella ópera de tango, mis *Paisajes argentinos*. Pero ¿qué hace una mujer que siempre quiere complacer al mismo hombre? Trata de mostrarse ante él en forma siempre nueva, ¿verdad? Nueva ropa, nuevos peinados, de cuando en cuando un nuevo perfume. Bueno, el hombre del que aquí se trata vivía muy lejos, en otro país sudamericano, y por razones que en este contexto no tienen importancia, nos veíamos con poca, frecuencia. Entre las pocas posibilidades de sorprenderlo figuraba mi producción literaria. Tan pronto se terminaba otro pequeño volumen, lo mandaba encuadernar en piel, lo empacaba en hoja de oro y se lo enviaba.

A veces respondía, a veces no, a veces al instante, luego al cabo de meses. (Por diversión calculé una vez su tiempo promedio de reacción: sin contar los envíos que quedaron sin respuesta, eran 41.8 días.) Estas contestaciones infundían en mí temor y esperanza, no el juicio de la crítica literaria. Cuando él escribía que algo le había gustado, no había voz en la prensa que pudiera herirme. Callando él, me sentía la escritora más aburrida del mundo. No había alabanza que pudiese consolarme, y cada despiadada crítica representaba la dolorosa confirmación de mi mediocridad.

Con todo, hasta la fecha no sé si él tenía sensibilidad para la poesía. Era un hombre con el vicio del trabajo, que en sus limitados ratos de ocio se dedicaba a la pesca de altura y raras veces leía. Su gusto era el usual de la época: García Márquez, Vargas Llosa, Paz, Cortázar. Neruda le parecía "afeminado" ("¡Escribir poemas no es trabajo para un hombre!"); Borges, "un poco inquietante, ¿verdad?" (Cómo se hubiera divertido el maestro, sobre todo de saber

de quién era la opinión. Me guardé de contárselo.) Por precaución, no le pregunté acerca de los otros colegas.

Ni siquiera sé si en realidad era inteligente. O atractivo. Lo único seguro es lo siguiente: con una mirada, una sonrisa, podía "tocarme el alma", como dice Homero. El porqué era así no lo he averiguado jamás. ¿La extraña soledad en la que vivía en medio de toda la agitación? ¿Su integridad? (En última instancia, probablemente la más seductora de todas las cualidades masculinas.) El caso es que en ningún momento tuve interés en mostrar a los lectores la capacidad de transformación de una literata. Era simplemente una mujer que se mudaba una y otra vez la ropa para el amado.

Hasta que, después de largos años, averigüé que lo que más le agradaba de mi trabajo era lo que le hacía reír. (Sí, ¡era un hombre a quien le gustaba la risa!) Fue el momento en el que empecé con mis "baladas humorísticas", aquellas historias de animales escritas en hexámetro que hoy son materia de enseñanza en nuestras escuelas y, en todo caso, mi mayor éxito entre el público. Personalmente considero que de todos mis trabajos, son lo más insignificante. Pero ¿qué hace una mujer a la que el amante le da a entender que le gusta más verla con este o aquel color, con tal y tal peinado?

Exacto.

4

¡ESTA CRECIENTE ADULACIÓN POR parte de la prensa feminista! El estira y afloja respecto a aquella película de

homenaje, a la cual finalmente tuve que negar mi aprobación. Hermanas, piensen, por favor: ¿Yo, la sacerdotisa del celibato femenino? ¿La mujer que se niega a atarse al hombre y los hijos, porque para ella la libertad lo es todo?

¿Dónde escribí que soy libre? ¿Yo y *libre*? Durante treinta años estuve más esclavizada, por una pasión absolutamente inexplicable, que cada una de esas esposas tan compadecidas por ustedes. Si esta condición nunca alcanzó confirmación oficial, sabe Dios que no fue por mí. No me *resistí* alas peticiones de matrimonio de mis admiradores, como tanto les gusta jactarse a ustedes. ¡Sencillamente no me atraían! Al único hombre a quien y o quise estuve siempre sólo a punto de conseguirlo. Los únicos hijos que y o hubiera querido dar a luz hubiesen sido los suyos. ¡Cuánto me habría gustado sacrificarle mi sagrada libertad! *Él* no la quiso.

Hay una posibilidad de ganar siempre, dice Ramón José Sender: basta con saber perder. En un sentido científico resulta inútil, lo sé, pero en la práctica es una fórmula excelente; la he empleado con éxito en todas las situaciones de mi vida. Pero ¿cómo iba a saber perder a lo más querido por mí?

5

DESPUÉS, MOTIVO TAL VEZ más importante por el que aquí quiero tratar de interceder en favor de la rehabilitación de Nina Gluckstein. Hablo de mi experiencia con el reverso de la fama, seguramente mayor que la de los demás que hasta ahora se han ocupado de su suerte; pues quien es idolatrado por una parte de la gente, puede tener la certeza de ascender a diablo entre los demás: como nos lo enseña la historia, un odio común da la misma fuerza a las turbas

que una oración compartida. En mi modesto caso me refiero a la leyenda de la fría mujer de carrera, con la que el lado contrario trataba de desacreditarme, de la "abeja reina que aprovecha y abandona a los hombres". (Cita literal de una biografía por Arnoldo Huemez.)

Sé que mucho habla en mi contra. De hecho, "hice carrera", y cuando me presentaba en público con uno de mis acompañantes, a veces bastante llamativo, seguían los titulares; los tirajes de mis libros en efecto comenzaban a incrementarse en consecuencia. Y hubo, también, varias tragedias reales y falsas que pese a mis esfuerzos no quedaron del todo ignoradas por ustedes. Como el absurdo asunto de la Chacarita, que hasta la fecha ni yo misma he logrado comprender. Mi pasión por los caballos y el accidente sufrido al montar, posteriormente llamado "histórico" por la identidad de mi acompañante. Aquella discutidísima bofetada. La "revelación" de un periodista vengativo.

Bueno, lo he sobrevivido. Y sin duda estos escándalos han contribuido más a que de cuando en cuando vuelva a leerse un poema en este país que todas las entrevistas de mis refinados colé gas. Pues. sea cual fuere la imagen que se tuviera de una poetisa, yo no correspondía a ella. Pero yo no lo busqué.

6

TAL VEZ TENGA MÁS culpa en esto de lo que creo; no lo sé. Seguro es que no amé a ninguno de esos hombres. (Cómo hubiera sido posible; ¡lo quería a él!) Y nunca me dejé amar por ninguno por cálculo. Nunca quise esta carrera, por la cual fui tan envidiada durante toda la vida. Simplemente me gustaba escribir.

Con aquella única excepción, mis respectivos compañeros fueron hombres seguros de sí y solicitados por las mujeres. Precisamente su arribismo parecía ofrecerme cierta protección contra enredos; en este sentido tal vez sí haya habido cierto cálculo en la selección (trabajé, por así decirlo, con números cardinales para obtener conjuntos equivalentes). Quise a la vez darme gusto a mí y a aquellos hombres, y mucho tiempo no comprendí cómo era posible que de unos comienzos tan alegres pudieran desarrollarse, una y otra vez, esos pequeños dramas cursis.

Hoy lo sé. Existe un modo de atar a otro a uno mismo que funciona con una seguridad casi fatal: no hay que *desear* su amor. No quise quedarme con ninguno de esos hombres. Me agradaba su presencia, pues desgraciadamente nunca me gustó estar sola (sobre todo en la alcoba, lo reconozco). Sentí agradecimiento por su afecto y correspondí con toda la ternura posible. Pero realmente corresponder a su amor, no pude hacerlo. ¿Cómo, si le pertenecía a él?

Y fue así como mi indiferencia más o menos grande siempre volvió a encender pasiones que ninguno de los interesados hubiera creído probables al inicio. Y mi reacción invariablemente fue la misma. Cuanto más me apremiaban, más me retiraba. Cuanto más pronto aumentaba la avidez de mi pareja, más pronto comenzaba yo a buscar a otro menos ansioso.

7

NO FUE MIEDO A perder mi sagrada independencia. Sólo quise seguir libre para el único a quien yo deseaba someterme. Quien dice libertad, al fin y al cabo, sólo se refiere a su anhelo de otro tipo de cruz: *una. elegida*, al contrario de la actual, que ya no carga voluntariamente. En toda mi vida no he conocido a una persona realmente libre. Por lo menos, a ninguna que fuese a la vez feliz. Libres y felices sólo pueden serlo los tontos.

"¿Qué monstruoso vicio es éste, para el que el nombre 'cobardía' aún sería demasiado precioso? La naturaleza niega haber creado semejante cosa, y la lengua no nos ofrece nombre para ello. . ." *Étienne de La Boétie* lo escribió ya en el año 1548, en su célebre *Discurso de la servidumbre voluntaria*, y con ello se refería a nuestra eterna ansia de líderes, de dioses, de ídolos. Pero ¿no forman también parte de esta serie las grandes pasiones? ¿No hacemos del amado la norma de todas las cosas, no tratamos de satisfacer cada deseo suyo, *no lo adoramos*? Disponemos, por lo tanto, al menos en el ámbito privado, de un nombre para el "monstruoso vicio": lo llamamos *amor*. Sólo los que nunca han amado hablan de *esclavitud*.

Y en cuanto a las ciencias, ¿acaso es diferente ahí? La esencia de las matemáticas es la libertad, dijo, por ejemplo,

Georg Cantor. Pues, al contrario del parecer corriente, precisamente el matemático no conoce otros límites que los de la propia fantasía. Piénsese únicamente en los números imaginarios, ¡en los mundos que aquí se han abierto! Pero ¿cuántos investigadores quieren sentir realmente el helado viento de su libertad? Se vuelven pupilos, seguidores, discípulos de este o de aquel gran hombre, hablan y piensan en citas. Quien se atreve a cuestionar la respectiva ideología es expulsado despiadadamente del rebaño. Cuando Hipaso descubrió las "líneas inconmensurables", oponiéndose con ello a la enseñanza de Pitágoras, aquello fue su fin, según los demás pitagóricos. Para ellos, la tesis "todo es número" hacía mucho tiempo que se había vuelto religión.

Pero estoy divagando. En realidad, sólo quise explicar cómo fue que unas relaciones que teóricamente hubieran podido durar años, con frecuencia volvían a disolverse después de pocas semanas. Cómo sucedió que algunos de esos hombres se sintieron humillados y se convirtieron, por lo menos temporalmente, en mis encarnizados enemigos. Y por qué nunca logré conservar posteriormente a ninguno de mis amantes como amigo. Hasta la fecha, mis amistades fueron siempre mujeres.

Todo el tiempo, pensé sólo en él. Fue paradójico: mientras los medios de información fueron estilizándome cada vez más como una persona determinada –y aquí se halla un posible paralelo con la suerte de Nina Gluckstein, la esposa del cantante de tangos-, en verdad yo era otra completamente distinta. Pues, por lo menos en el pensamiento, yo era la más fiel de las mujeres. Aunque sé que mi tipo de fidelidad no fue en ningún momento una virtud. No amé a aquel hombre por un voto –¡cuánto me hubiera gustado hacerlo en este caso!-, sino porque no pude evitarlo. Me enteré de su muerte por las noticias; pasaron meses sin que lo comprendiese siquiera. Bueno, todo ello sucedió hace mucho tiempo.

8

¿POR QUÉ NO LO conquisté, al menos no por completo? No quiero aburrirlos aquí, lectores míos, con confesiones que les ahorré durante toda la vida. Tan sólo los sucesos imprevistos que nos separaron una y otra vez durante todos esos años llenarían un libro de mil páginas.

Otras mujeres no entraron en juego, por lo menos no en forma determinante. Pero estaba su trabajo, que apenas le dejaba tiempo para respirar. (¿Fue éste el rival que le dio inmunidad contra mí?) Mi fama, menoscabada por aquellos escándalos menores y mayores. Él estaba implicado en la política de su país en un cargo muy expuesto; un abierto reconocimiento hacia mí seguramente lo habría perjudicado, (¡Cuánto deseé poder despreciarlo por esta precaución!) ¿O fue mi origen de gran burguesía el que siempre lo hizo retroceder a él, el proletario? (¿Quiso castigarme por eso?) Y, además, pasó parte de "nuestros" años en la cárcel. Tal vez se acuerden de mi compromiso muy comentado con la causa de los presos políticos: en aquellos tiempos difíciles era la única posibilidad de verlo.

La verdadera razón de mi fracaso fue, sin embargo, que lo amé demasiado. Tal vez ni siquiera demasiado: lo amé en forma *equivocada*. La misma adoración incondicional que me hacía huir de mis compañeros temporales finalmente lo mantuvo también a él alejado de mí. Cuando lo tenía cerca, siempre hice algunos juramentos de amor de más.

Bueno, él siempre volvió, aunque una vez sólo al cabo de terribles años de soledad. En última instancia, probablemente fue mi trabajo literario el que logró captar una y otra vez su imaginación (y por este motivo lo llevaba yo a cabo). En el mundo de mi invención, curiosamente conseguí guardar hacia él esa distancia que malograba

siempre en el real. A pesar de que tanto él como la vida que llevaba eran todo menos aburridos, en ningún momento sentí la tentación de escribir aunque fuera unos cuantos versos sobre él. El que ninguno de mis muchos poemas esté dedicado a él no se debe sólo a la situación especial en la cual nos encontrábamos. ¡ No se me ocurrió'. Pero tan pronto se acercaba, yo volvía a cometer el mismo error. Creí que la intensidad desmedida de mi sentimiento tendría que convencerlo al final; después de todo, un hombre quiere ser amado. Cuando comprendí lo absurdo de esta esperanza, fue ya demasiado tarde.

Como tantos otros, fui víctima de una confusión de conceptos; es decir, fui incapaz de hacer distinción entre el amor y la Caridad. Pero cuando dicen que hay muy poco amor en esta tierra, siempre se refieren únicamente al amor al prójimo, esa maravillosa calle de un solo sentido donde uno puede dar sin embarazo y otro recibir sin embarazo, y por último ambos salen beneficiados.

Del otro, del "verdadero", más bien hay demasiado.

¡Cuántos no se meten en la cabeza que son la parte más noble porque la otra los abandonó, pese a que ellos mismos le hubieran sacrificado todo, de ser necesario incluso la vida!

Estimados lectores, hagan caso de las palabras de una mujer muy vieja: el amor esmerilo sólo de quien es capaz de despertarlo en nosotros. Quien cree que está haciéndole un favor a alguien por entregarle su mundo, se confunde con una organización de beneficencia.

9

TODAVÍA RECUERDO CÓMO en aquella época, un año después de su muerte, cuando finalmente hallé valor para admitir el alcance de mi error, todo el mundo apareció bajo una nueva luz para mí. Dondequiera que mirase, en todas partes creía reconocer el mismo mecanismo inexorable: algunos meses de felicidad compartida, y luego la pareja inevitablemente se divide en una parte que siente cada vez más y otra que siente cada vez menos. En una que empieza a huir y otra que la persigue sin alcanzarla jamás. Sobre todo porque el fugitivo -quien también busca el gran amor- tal vez pronto ande tras un tercero, que a su vez trate de escapar. ¿Acaso el globo entero se cubre de esas desdichadas carreras de relevos? ¿Por eso gira?

¿Y qué sucede si el perseguidor repentinamente pierde las ganas? Quizá porque otro se le atraviesa en el camino y lo distrae. En tales casos, ¿no se detiene uno, incrédulo, e incluso comienza a perseguir al antiguo perseguidor por su parte? ¿Qué pasa si un tráfugo gracias a un milagro, se enciende por segunda vez de pasión por su adorador y vuelve, lleno de deseo? ¿No emprenderá éste, tarde o temprano, la huida? ¿Qué hubiera pasado de haber correspondido mi amado a mi pasión en la misma medida? ¿Mi amor hubiera guardado las mismas proporciones? ¿Quizá yo misma, una y otra vez, habré hecho instintivamente todo para mantenerlo a cierta distancia? Me acuerdo de mi espanto, cuando un día, gracias a una maravillosa evolución, parecía tener la felicidad al alcance de la mano. ¿Fue. . .

El gran Osear Wilde afirma que los hombres sólo conocemos dos tipos de tragedia: cuando no conseguimos algo y cuando lo conseguimos, y que la última es con mucho la peor. ¿Quise ahorrarme esto? ¿Necesitaba yo, que en la vida tuve todo lo que una mujer puede soñar

(excepto hijos, lo reconozco), a este hombre inasequible a final de cuentas, para obtener también lo que me faltaba: un deseo?

Y en caso de que en la vida sólo haya alternativa entre estos dos papeles: amar o ser amado; ¿cuál es el más deseable? De encontrarme ante la opción de amar apasionadamente o ser amada apasionadamente por él, ¿qué hubiera escogido? Reflexiones ociosas, lo sé. No tuve opción. Además, de una o de otra manera hubiera amado a este hombre hasta la eternidad; ninguna teoría me sirve en esto. Y por ello mismo debo hallar una fórmula según la cual puede funcionar también un amor recíproco, ¿verdad?

10

CÓMO FUNCIONA EL AMOR, este libro que nunca habría yo escrito si él viviera. Pues, de existir una fórmula según la cual fuera posible que dos personas se amen hasta el fin de sus días (y no me refiero a los sentimientos dietéticos del llamado "buen matrimonio", sino al milagro que después de diez, veinte años, todavía hace a uno contener el aliento cuando el otro entra en la habitación), entonces precisamente él, mi amado, no debiera haberse enterado de ella. ¿Dónde quedaría la utilidad de una estrategia revelada a quien se quiere conquistar con ella?

La búsqueda de la fórmula. La vuelta a una antigua obsesión. La verdadera razón por la que en su época abandoné mi profesión -ocupé durante cuatro años una cátedra de matemáticas en la Universidad de Buenos Aires- y me dediqué a escribir. En aquella primavera, durante la preparación de un seminario acerca del cálculo de probabilidades, descubrí al matemático irlandés George Boole, cuyo libro *Laws of Thought* era ya para Bertrand Russell el "primerísimo libro sobre matemáticas". En él

explica que en el campo de la lógica son posibles formalismos semejantes a los del mundo de los números, y que las leyes del pensamiento humano, por tanto, permiten la reducción aun desarrollo tan preciso como el de los problemas de aritmética.

Como a muchos otros, este libro también abriome nuevos mundos a mí. Los conocimientos de la psicología, la sociología, aun la teología: a todo empecé a poner el retículo del álgebra booleana. ¿Cuál es la correspondencia matemática a sentimientos como la alegría, la tristeza, el odio? ¿De acuerdo a qué fórmulas funcionan los grupos, cómo surgen las minorías? ¿Realmente es posible *pensar* el infinito? ¿Mediante qué ley psicológica inventamos a la Santísima Trinidad? ¿Puede *axiomatizarse* a Dios?

Estaba yo firmemente convencida de que no existe fenómeno que no permita su reducción a fórmulas y que, en cuanto se averiguara por qué los hombres "funcionamos" así o asá en ciertas situaciones, todos los conflictos estarían resueltos para siempre. Quien tuvo la amabilidad de conocer mis primeras publicaciones, recordará que ahí sólo existen el bien y el mal, lo blanco y lo negro, la luz y la sombra. La marca de fábrica de todos aquellos que quieren reformar el mundo. ¡Y sabe Dios que yo lo quería!

No por mucho tiempo. Pues, cuanto más buscaba mis "fórmulas humanas", más ambiguo se volvía todo lo que yo contemplaba. Y así la matemática se transformó casi imperceptiblemente en poetisa; la búsqueda de lo universal se convirtió en la de lo particular; la pasión por la ciencia, en mí admiración actual, casi humilde, por el arte. Al cabo de pocos años quedé convencida de que no hay fórmula cierta para todos nosotros, sino que existen tantas normas de acción como hombres. "La verdad deja de serlo si más de uno cree en ella": la única verdad que aún reconocí. Como se sabe, no fue concebida por mí, sino también por Oscar Wilde.

Wilde. Este matemático entre los poetas (¿no suplen las mejores de sus máximas a tratados enteros?) fue el

primero de mis nuevos dioses. Mientras antes se llamaban Pitágoras, Euclides, Pascal, Newton, ahora sus nombres eran Homero, Shakespeare, Rimbaud, Neruda. Hasta que un día me hallé frente a frente con aquel hombre, y todos los demás pasaron a segundo término.

11

DESDE HACE ALGUNOS AÑOS pienso, sin embargo, que quizás haya un campo en el cual todo funcione de un modo esquemático también en la vida. Que justamente ahí donde menos lo sospechamos, porque se trata exclusivamente de sentimientos, *en el amor*, nuestras reacciones se devanan con precisión matemática, de acuerdo con una ley previsible. Y que precisamente por ello debe haber también una solución calculable sobre la base de las matemáticas. El Gran Amor como ecuación con una incógnita: $A = a + b \cdot x$. Búsquese x , ¡y ya está!

Pero ¿dónde buscarlo? Romeo y Julieta, Orfeo y Eurídice, Tristán e Isolda: todos podemos predecir qué hubiera sido de ellos, de presentarse una evolución supuestamente feliz. Y tuvo que ser el marido de Nina Gluckstein el que nos contara qué sucedió con la pasión de Penélope cuando Ulises finalmente se reunió con ella (me refiero al tango de Santelmo *Penélope Sánchez*). No, no quiero pecar aquí contra Ulises y Penélope: ¡Realmente fueron felices! Pero ¿no viven la mayoría de las historias de amor de la literatura mundial de esa imposibilidad de poseer o de conservar al amado? ¿Dónde están las otras? ¿No existen? ¿O atraen menos a los poetas sólo porque es más fácil describir algo conocido, o sea, el amor no realizable? -¿Se debe al oficio mismo?- Es decir, ¿qué la desgracia es más fecunda para la expresión dramática que la felicidad,

porque un amor largo y feliz consiste en que nada les sucede a los amantes?

A veces se sabe, no obstante, de una pareja que al parecer logró desearse con la misma pasión a través de décadas. ¿Hipocresía? ¿Comedia? ¿Espejismo que se disuelve al mirarlo más de cerca? -¿O poseerán aquella fórmula que se mantiene oculta a nosotros?- ¿Debe tener conocimiento de ésta siempre, como lo he insinuado, sólo uno de los dos, para que la magia resulte? ¿Y tiene que guardar el secreto, por tanto, ante el resto del mundo? En caso de ser así: ¿Mediante qué tipo de comportamiento habría de distinguirse forzosamente un así iniciado de nosotros, los amantes ordinarios? ¿Cómo se delataría?

Así llegué a pensar en Nina Gluckstein, la mujer de Chucho Santelmo, el cantante de tangos: la "argentina más odiada", como hace apenas diez meses, en el segundo aniversario de su muerte, volvió a afirmarse en el *New York Times*.

12

NINA GLUCKSTEIN.

En realidad fue fortuito que empezara a examinar mi sospecha precisamente con ella. Por supuesto yo, como la mayoría, me encontraba bajo el hechizo de la música de Santelmo. Considero que es tanto uno de los más grandes compositores como uno de los mejores poetas de nuestro tiempo. ¡Qué daría por haber escrito un texto como *Siete sombras!* Cuando en mis viajes a Europa, desgraciadamente cada vez más raros, alguien me pregunta si también hay compatriotas de los que esté orgullosa, se me ocurre primero -antes de Piazzolla, antes de Borges- el nombre de él.

También es posible que haya influido en mi elección el hecho de que Nina Gluckstein fuera de origen judío, o sea, que perteneciera a una raza a la que los demás, desde siempre, hemos reconocido una especie de capacidad superior de reconocimiento. Con lo cual ciertamente volvemos una y otra vez a ser injustos con los judíos, en el bien como en el mal: "La marcha de las cosas es la quietud, el viento del progreso una piedra. . ." Un texto hallado en el legado de Santelmo empieza con estas palabras.

Que ahora comience a escribir acerca de esta mujer no es, por cierto, una casualidad. Los acontecimientos casi me obligan a ello. Tengo que pensar en aquella famosa declaración de Lutero, ¡un muerto que tampoco se ha salvado totalmente del odio en este país! No podemos impedir que los pájaros nos sobrepasen volando, pero sí que construyan sus nidos encima de nuestras cabezas. Sea como fuere, Lutero lo expresa en alguna forma semejante; mi memoria desgraciadamente no es ya la mejor.

Bueno, aquí no se ha tratado precisamente de construir los nidos encima de mi cabeza, pero sí muy cerca, una y otra vez, y ya no tengo ganas de seguir mirándolo. Hablo de los incidentes desagradables de la Plaza San Martín, de las infamias dirigidas contra el monumento a Nina Gluckstein y Chucho Santelmo.

13

Dos DE LAS MUCHAS trivialidades que una y otra vez se cuentan sobre mí no son inventadas. En efecto, hago todas las mañanas esa pequeña excursión a la Plaza San Martín, y desde mi accidente de hace cuatro años, realmente dependo para ello de la ayuda de un bastón. También poseo la colección de bastones que con frecuencia se

menciona, la cual entre tanto se ha vuelto tan grande que teóricamente podría permitirme andar con un bastón diferente cada dos días durante un año. Pero en realidad sólo me presento con un respectivo modelo distinto en las entregas de premios literarios o cuando por otra razón cualquiera puede esperarse que habrá cámaras. Al fin y al cabo, una poetisa encanecida no puede seducir al ojo del público con los mismos atractivos que una joven.

Al principio tuve sólo media docena de ejemplares, ciertamente muy extravagantes. Mis amigos me los llevaron al hospital para dulcificarme la transición a la existencia de una inválida. Pero desde que en una entrevista conté por primera vez la fábula de una colección, como castigo los recibo de todas partes. Hace medio año me llegó, por cierto, un bastón de Cataluña, que supuestamente perteneció al pintor Dalí, y desde entonces sólo uso ése. ¿Quién sabe, tal vez realmente fue de él? En todo caso tiene cierto encanto andar por Buenos Aires apoyada en el bastón de un hombre que nos dejó el mundo tanto más lleno de imaginación.

Las excursiones las hago, por cierto, por orden de mi reumatólogo. Ejercicio y aire fresco, nada de alcohol, que es veneno para las articulaciones (¿qué no es veneno en la vejez?). Él hubiera preferido desterrarme al campo hasta el pronto término de mi vida: por desgracia no se puede decir que es "fresco" el aire de esta ciudad "de los buenos aires", y mi familia todavía cuenta con la estancia cerca de Tandil que describí en los *Paisajes argentinos*.

Me negué, con una agudeza de Cortázar: "¿Al campo? ¡Nunca! ¡Es el lugar donde los pollos andan crudos!" Mi médico se mostró inmovible: "Entonces, por lo menos sírvase más agua con el escocés en el futuro. Es, por cierto, el líquido en el que copulan los peces". -¡Médicos! Sé perfectamente que él también plagió la cita de alguien, pero ¿de quién? Bueno, seguramente no es la más molesta de las lagunas de mi memoria.

La falta de memoria no tiene que deberse, por cierto, a la senectud. Si los ancianos cedemos en todo sentido, es posible que también se deba a que lentamente descubrimos que en realidad no existen las personas a las que antes queríamos impresionar.

Lo mismo puede decirse de las llamadas obras maestras que por regla general no producimos ya los ancianos: ¿para qué público? O de nuestras muchas divagaciones. ¡Cuánto procuraba evitarlas, antes! Cuando hoy día se me ocurre algo, hablo sin imponerme trabas. A dos metros de la sepultura, es posible permitirse todo; que uno no puede llevarse nada afortunadamente no es cierto sólo con respecto a la cuenta de dólares, sino también a la buena reputación. ¡Podría escribir volúmenes enteros acerca de las bendiciones de la vejez!

Sin embargo, lo de Dalí no fue una divagación. Bajo la influencia de su supuesto bastón, consideré temporalmente emplear a su esposa Gala como el caso ejemplar de mi "iniciada". ¿No estuvieron los dos unidos por un amor largo y feliz? Luego acaricié la idea de Wallis Simpson, por la cual un monarca inglés llegó a renunciar a su trono. También pensé en Yoko Ono, la compañera japonesa de John Lennon: ¿cómo había logrado conquistar a este hombre único en el apogeo de su fama y -las entrevistas con él lo demuestran-, fascinarlo hasta los últimos alientos? ¿Le había copiado a ella lo de los anteojos oscuros, la mujer pelirroja de Santelmo? –Y así, volví siempre a Nina Gluckstein.

14

NINA GLUCKSTEIN.

Por lo tanto, siempre abandono muy de madrugada mi departamento en la calle Viamonte y camino hasta la plaza San Martín. Aunque avanzo lo más rápido posible, me tardo por lo menos media hora en la ida; voy por Florida, donde en el último puesto compro mis periódicos. Cuando hace buen tiempo, me siento en mi banca del parque -es mía porque es la misma desde hace varios años-, y ahí leo las noticias del día. A esa hora, aún no hay demasiado ruido de tránsito; por eso pueden oírse muy claramente las sirenas de los buques desde el puerto. Por el mismo motivo me gustaba ir a la plaza desde niña: vivíamos muy cerca, en un departamento tan grande que en él hasta se podía andar en bicicleta. En el invierno voy al hotel Plaza y leo los periódicos mientras tomo una taza de té. No hay motivo para ocultarlo, pues los fanáticos de la literatura se levantan tarde. Para la gente que la reconoce a una a esa hora del día, a lo sumo se es una curiosidad.

Sobre la plaza, al lado de mi bañe a y debajo de una de las palmeras caducas, inauguraron una pequeña escultura de Nina Gluckstein y Chucho Santelmo hace escasos dos años, en el primer aniversario de su muerte. Una obra en bronce extraordinariamente lograda, dado el nivel nacional, que se encuentra sobre una base de arenisca. Las figuras, casi naturalistas: el flaco Chuchito, con el eterno cigarrillo entre los dedos, y la delicada Nina con las gafas para el sol y el cabello recogido en la nuca, pero suavizada la severidad por la curva de la orla de pollera. Prudentemente no se les representa abrazados en este homenaje que, hasta donde yo sé es el único que los muestra juntos. Sólo estaban tomados de las manos. Hasta que hace tres semanas, algún fanático destruyó también este vínculo.

Puedo suponer que yo fui la primera en descubrirlo. Cuando en la mañana llegué a la plaza y como de costumbre inspeccioné el estado del monumento, faltaban las manos entrelazadas. Por la noche, alguien había dividido la estatua aserrando los antebrazos a ambas figuras. Al principio tuve la esperanza de hallar la pieza de unión en algún lugar cercano, y pasé mucho tiempo buscándola entre los arbustos. Pero por supuesto, quisieron impedir una reunión, y la habían tirado en otra parte.

15

EN REALIDAD, ESO ME decidió. Quiero decir que fue decisivo para que hace una semana, empezara a escribir sobre ellos. Inspirada por el monumento erigido tan cerca de mi lugar, que por supuesto interpreté desde el primer día como una invitación del destino, al principio sólo me ocupé teóricamente con la historia. Es decir, revisé los textos de Santelmo en busca de indicaciones de sus verdaderos sentimientos por su esposa, y como ya lo esperaba no hallé más que adoración. Busqué posibles declaraciones de amor por parte de Nina Gluckstein, cartas, anotaciones de diario y otras semejantes, y como había esperado no encontré ni un solo documento. También había leído todas las biografías publicadas desde la tragedia. Asimismo, había visto las dos películas y la tonta comedia musical que desde hace un año se presenta en Londres. Probablemente oí todas las composiciones, por desgracia caracterizadas por la misma falta de inspiración, con las cuales nuestros propios músicos lloraron la catástrofe de acuerdo con las exigencias de mercado. Además durante semanas registré los archivos de los informes de la prensa de aquella época; aún cuento con una copia del expediente policíaco.

Al poco tiempo de su colocación, empezaron a aparecer en el monumento los primeros garabatos dirigidos contra Nina Gluckstein, y me acostumbré a llevar un pincel y frasquitos de pintura en una bolsa en bandolera, para poder siempre tachar en la misma madrugada las huellas de la noche. Seguramente fue un error, pues cuanto más inmediata fue mi reacción de borrar, más incitados se habrán sentido mis adversarios a inventar nuevas ofensas. No puede decirse que haya resultado mucho de ello; "puta" fue desde el principio la grosería más frecuente con la que se agraciaban a la difunta. Por supuesto, una y otra vez las suásticas, este sello de los dementes. Por lo demás, los imprescindibles dibujos obscenos; tampoco ahí hubo originalidad alguna. Y todo exclusivamente del lado de Nina Gluckstein. La figura de Santelmo no fue estropeada ni una vez.

16

N O SÉ POR QUÉ me enfadaban tanto esos letreros. Tal vez mi eterno temor a lo que llamo "la criminalidad de los ancianos": cuanto más envejece uno, más se confunden los límites, de por sí fluctuantes, entre la tolerancia y la indiferencia. (¿En qué me atañe todavía eso? ¿No llego ya casi a la meta?) En todo caso, la tolerancia sólo es virtud en los jóvenes; en un anciano puede ser también crimen. "No te pierdas tan suavemente en la gran noche. . .", Dylan Thomas. De todos los poemas, es mi preferido en estos días.

Sea como fuere, pronto me convertí en algo así como la conservadora personal del monumento de esta extraña mujer; un día hacía desaparecer una palabra ofensiva en la base y al otro un dibujo obsceno o una grosería sobre la

estatua misma. "Hacer desaparecer" es mucho decir: borré y tapé lo mejor que pude. Dado que pronto llegué a conocer los medios correspondientes, a veces logré pequeños milagros. Una vez conseguí, por ejemplo, despintar casi por completo una línea divisoria de pintura amarilla para carteles dibujada sobre la base entre las dos figuras. Entre distintos incidentes, todo permanecía tranquilo durante semanas.

Hasta que sucedió lo de las manos cortadas y comprendí lo absurdo que era querer defender en secreto el honor de Nina Gluckstein con el pincel. Si había de hacerlo, debía empuñar la pluma.

17

COMO NO PUEDO PARTIR del supuesto de que este relato sólo será leído por mis compatriotas, quizá deba explicar brevemente en este punto quiénes eran Nina Gluckstein y Chucho Santelmo, ya que seguramente hay personas que pese a la atención mundial recibida por la tragedia, nunca han oído de ellos o han olvidado la desgracia en virtud de otras nuevas, todavía más estremecedoras.

Hasta la fecha. Chucho Santelmo fue el más popular de nuestros cantantes de tango; junto con Astor Piazzolla se le considera hoy el más eminente de nuestros compositores. ¡Un compositor de tangos! Ya veo sus sonrisas. Sobre todo los europeos, que todavía entienden por tango aquellos cánticos melifluos presentados por caballeros con el pelo aplastado por la gomina, las sacudidas entumecidas a la manera de marchas, con las cuales se parodiaba el tango en los salones de baile de los años veinte. ¡Jamás la música de un pueblo ha sido degradada, prostituida y violada como la nuestra!

Pero ni yo sabría finalmente cómo describírsela, no con los medios de la prosa. ¿Cómo puede describirse algo que se sustrae de toda regla de armonía, de toda dramaturgia calculable? ¿Qué impide a nuestros sentimientos anidarse, qué sobresalta una y otra vez los pensamientos, qué niega a nuestros dedos el altanero acompañamiento del compás? ¿Y que de un instante al otro puede transformarse por completo: atrae y rechaza, se detiene para acto seguido salir disparado, se muestra exuberante, después frío, ahora colmado de alegría de vivir, luego lleno del anhelo de la muerte?

Hay algunos compositores clásicos en quienes vuelvo a encontrar el elemento más importante del tango –el capricho- por cortos instantes: Stravinski, Bartók, Mahler, Shostakovich. De cuando en cuando también puede reconocerse en algunos músicos ingleses de pop. Pero ¡cuánto cuidado en todo ello en comparación con lo que últimamente sucede entre nosotros!

Chucho Santelmo (*Chuchito*, como la mayoría lo llamaba, aunque su manera de ser en realidad no invitara a la familiaridad; el apellido es, por cierto, un seudónimo: se llamaba sencillamente García) halló la muerte hace ya dos años y diez meses junto con veintiuno de sus jóvenes espectadores en un arranque de pánico masivo durante un concierto dado en un estadio de fútbol de esta ciudad. Además de los muertos hubo más de trescientos heridos.

Su esposa, Nina Gluckstein de Santelmo, no estuvo presente en el concierto, pero no obstante el caos que después del incidente reinó en las calles -el concierto y el drama mismo fueron transmitidos en vivo por la televisión-, llegó al estadio sólo cincuenta minutos después en un taxi. Protegida por un cordón policíaco, penetró en la estación de sanidad bajo los gritos de odio de la multitud furiosa, y a instancias suyas la dejaron a solas con el cadáver de su marido.

Cuando por lo menos una hora después, a las 23:17 horas, forzaron la puerta de aquella habitación después

de múltiples golpes infructuosos, también ella estaba muerta. Se había suicidado con su propia arma, una pistola plateada, Browning 6.35. Según la comunicación oficial se trataba inequívocamente de un suicidio; la puerta estaba cerrada con seguro desde adentro. Pero la mayoría de los argentinos nunca creyó en este suicidio.

18

RESULTA DIFÍCIL EXPLICAR A un extraño por qué fue así. En primer lugar, debe considerarse la situación histórica de nuestro país. Pese a que el Estado constitucional está en cierto modo reestablecido -probablemente no alcancemos nunca en este campo un modelo anglosajón, digamos-, todavía no se logra la recuperación de aquellos largos y oscuros años. En esa época, los ciudadanos fueron engañados y estafados por sus autoridades, por tanto tiempo, que aun hoy día al principio ven en cada comunicado oficial un intento de desorientar la opinión pública. Quien quiera que participe en tal asunto -policías, médicos forenses, abogados, incluso jueces-, se vuelve a priori sospechoso de sinvergüenza. Peritos extranjeros también hubieran servido poco en este caso particular. De ser necesario, simplemente se hubiera supuesto que fueron chantajeados o sobornados por nuestra propia gente. En este país ya no se cree ni en lo que se ve. Se cree lo que se quiere creer.

Además, entraron en juego las circunstancias particulares de la persona de Nina Gluckstein: hija de una familia pudiente, judía además (¡pelirroja!), que se había enriquecido irrazonablemente, según consta, durante los diez años de su matrimonio con el artista más popular de la nación

-probablemente el argentino más popular, en resumidas cuentas-. Los autos confirman que Santelmo empleó sus enormes ingresos -tan sólo las ventas de los discos le produjeron durante su vida, más de cien millones de dólares- casi exclusivamente en hacerle valiosos obsequios a su esposa. No sólo lo usual: alhajas, coches, caballos de silla. También figuraron entre ellos un pequeño avión, mansiones, estancias, una isla. Hice comprobar los datos, y no pueden negarse; cuando nuestra prensa quiere investigar, es capaz de hacerlo. Lo único extraño es que hasta la fecha no se haya descubierto una cuenta millonaria en Suiza, o donde sea. ¿Estaba Nina Gluckstein empeñada en conservar su botín en especie?

Y otra cosa llama la atención si en retrospectivas se pretende penetrar, en la enigmática personalidad de esta mujer. Aunque durante tres años se inscribió en Europa en cursos de pintura y escultura -primero en la École des Beaux Arts de París, más tarde en Viena-, en el legado no se halló ni una sola obra de arte de su mano. En cambio, se encontró una de las más bellas colecciones privadas de cuadros del holandés Piet Mondrian. Muchos minimalistas sudamericanos: Ginsberg, Raioli, esculturas de Martín Godo y Edith Fournier. Y en el vestíbulo de la casa de la Cabello, donde vivieron durante los últimos años, colgaban tres de los más espléndidos Jensen que he visto jamás. (Se trata aquí de aquel pintor nacido en Guatemala, quien supuestamente requería de tres meses para "calcular" un cuadro y de tres semanas para pintarlo.) Mucho parece indicar que todas estas obras de arte, que pueden reducirse a un denominador común -son obras frías, compuestas según puntos de vista estrictamente geométricos-, fueron escogidas por Nina Gluckstein. Acerca de Santelmo se sabe que le interesaban poco las artes plásticas.

También se sabe que Nina Gluckstein debió de ser una excelente jugadora de ajedrez. (Por supuesto, también esto habló en contra de ella después. Quien sabe calcular, finalmente puede ser también calculador.)

Cuando Santelmo andaba de gira, se supone que ella, según el testimonio del personal de servicio, pasaba horas ante su computadora de ajedrez. Y Osvaldo Horovitz, campeón argentino por muchos años, una vez en una entrevista afirmó que había jugado frecuentemente con ella y que en ocasiones le había costado esfuerzo vencerla.

Luego, allí estaba el amuleto que ella le regaló a Santelmo en la boda. Un llamado amuleto de Paracelso, que contiene un "cuadrado mágico" de cinco números por cinco. Están ordenados en tal forma que la suma de todos los números de las distintas líneas horizontales, verticales y diagonales es la misma. En la Edad Media se recetaban tales amuletos como protección contra las penas de amor y todo tipo de enfermedades. Santelmo llevó el suyo hasta la hora de su muerte.

Y también ¿es casualidad que el diseño de las losas florentinas con las que Nina Gluckstein hizo cubrir el suelo del dormitorio del primer piso esté ordenado según las leyes de los grupos de sustitución? ¿Y qué decir del famoso "rascacielos de la pampa", construido por el arquitecto brasileño Paolo Ben de acuerdo con un concepto de ella? ¿No se respetan aquí de manera ejemplar las reglas de la proporción áurea?

¿La manifestación selectiva de una fervorosa aficionada a los cálculos? Es posible. Pero ¿cómo podría yo dejar de reconocer en todas estas pistas las señales de un alma afín?

NINA GLUCKSTEIN.

Dado que sólo se presentaba en público con marcada sencillez -según la opinión general no era extraordinariamente atractiva, ni parecía esforzarse en absoluto en este sentido-, por mucho tiempo no se descubrió su prodigalidad. Y cuando empezaron a filtrarse algunos detalles acerca de ella, durante años estuvo protegida todavía de indiscreciones, gracias a una conjetura -quizás equivocada- de la gente de los medios de información. La popularidad de Santelmo era tan grande que al principio no pareció existir un mercado adecuado para revelaciones acerca de su esposa.

Pero, cuando finalmente se comenzó a "desenmascararla", la opinión pública, por así decirlo, se desplomó. Los fanáticos, que siempre creen saberlo todo acerca de sus ídolos, se sintieron doblemente engañados: por el secreto mismo y debido a los muchos años durante los que se les ocultó. De súbito, la demanda de información pareció inagotable; los medios y los consumidores se incitaron recíprocamente, cada vez más. Cuanto más sensaciones producía un lado, más codicioso parecía volverse el otro. Se desató una campaña de difamación que ha quedado sin igual hasta la fecha, incluso en la historia de nuestra prensa realmente nada remilgada. Y que casi forzosamente tuvo que conducir a una tragedia como la del estadio.

20

CUANDO, ENTONCES, SUCEDIÓ LO inconcebible y Nina Gluckstein murió por decisión propia, sólo una hora después del fallecimiento de Santelmo, se había cerrado la trampa: no sólo sobre los periodistas, sino también sobre la mitad de la población. Que tal mujer no quisiera seguir viviendo por la desesperación debida a la muerte de su marido era algo que no debía ser. Pues habría significado que lo amaba, y precisamente esto no era posible, según la opinión creada durante los pasados meses. ¿De dónde había de sacar, de repente, una persona tan fría y calculadora sentimientos tan abrumadores?

Si declaro que Nina Gluckstein era algo así como el enemigo público número uno al ocurrir el drama, no es exageración. Para muchas personas, sobre todo más jóvenes, ese cantante era la patria. A sus ojos, encarnaba la integridad de la que aún no creían capaces a los gobernantes. Aunque se hubiese querido, no era posible, de un momento a otro, convertir en gran amante a ese vampiro prendido del cuello del caballero.

Pero, por supuesto, no era eso lo que se quería en absoluto. Si lo que se le había hecho a esa mujer era una injusticia, entonces los medios informativos eran responsables tanto por la muerte de aquel gran número de jóvenes como por la del héroe nacional. Y todos sabemos quién tiene más poder en tal caso.

Así que finalmente, desde aquellos días han aparecido cada vez más teorías nuevas acerca del fin de Nina Gluckstein, en las que hay de todo menos lo probable: en ninguna descripción se suicida por la aflicción causada por la muerte de su marido. Fue un linchamiento, la obra de un asesino o de varios -según las circunstancias-, que se

vengaron de ella por la muerte de Santelmo, para satisfacer a sus seguidores.

Presentaron a sospechosos siempre diferentes. En cierto punto, la presión ejercida por parte de la población fue tan grande que la policía, después de publicado un libro que contenía nuevas pruebas "irrefutables" de la teoría del linchamiento, sometió a detención preventiva a un estudiante de medicina que había trabajado en la estación de sanidad el día del drama. Y pese a que por supuesto no fue posible comprobar nada, los seguidores de Santelmo quedaron con eso convencidos de que las autoridades tampoco creían en el suicidio. ¿Hubieran, de otro modo, detenido al estudiante?

21

DADO QUE NINA GLUCKSTEIN, mientras aún cundía el pánico, quiso alquilar un helicóptero, se aseveró incluso que por motivos desconocidos -dinero, ¿qué más?- había tratado de escapar al extranjero. La sospecha del comité de investigación, de que sólo había querido llegar más pronto al estadio, pero terminó decidiéndose a favor de un taxi, no pareció convencer a nadie. La empleada de la compañía de alquiler afirmó que en aquella llamada había respondido "con voz muy tranquila", a la pregunta acerca del objetivo del viaje, que no les importaba.

La forma de morir de esa mujer no fue correcta, todo el mundo lo veía; al fin y al cabo, se pretendía ser un Estado constitucional. Pero ¿no había ella de hecho provocado esa muerte? Aunque desde entonces se han serenado las discusiones acerca de su fin, esta manera de pensar -lo cometido contra el monumento lo demuestra- ha cambiado poco. Una culpa colectiva, que desemboca en el colectivo engaño de sí. Los medios informativos y las masas habían

acosado, como tantas veces, a un inocente, y se absolvían declarándolo otra vez culpable.

Dicen que en Inglaterra, todavía treinta años después de la defunción de Oscar Wilde, se consideraba indecoroso pronunciar siquiera el nombre del poeta. Nina Gluckstein no tiene ni tres años de muerta.

22

NINA GLUCKSTEIN.

Es probable que yo haya sido una de las pocas personas que desde el principio vimos el lado de ella. Tal vez porque sabía, por dolorosa experiencia, cuánta diferencia puede haber entre la reputación y la realidad de una persona. Al principio no me pareció, ciertamente, que tuviera importancia alguna. Como la mayoría, lloré la muerte de Santelmo y de los muchos jóvenes que habían perdido la vida ahí, de manera tan desprovista de sentido. Cuando pensaba en Nina Gluckstein, a lo sumo lo hacía para envidiarle el valor de poner fin a su vida al mismo tiempo que la del amado: una acción para la que yo misma había sido demasiado cobarde. (¿O fue más heroico seguir con vida?)

Desde que me ocupó más de cerca en el destino de esta mujer, sé que no pudo ser distinto de lo que dice el informe policíaco. Pero ¿de qué sirven los hechos en tal caso? La realidad es, cuando mucho, una historia de mediana calidad. Puesto que lo inventado se ajusta, al gusto del consumidor (siempre se inventa para alguien; lo real sucede por sí mismo), las más de las veces también es más entretenido. Y tiene, por lo tanto, mayores posibilidades de ser repetido y creído.

Por lo mismo, es difícil que la verdad se imponga "por sí sola", como nos instruyen los ingenuos. Si no se le ayuda, reconstruyéndola de acuerdo con las leyes de la dramaturgia y sirviéndola como accesible mito contrario, tiene pocas probabilidades de éxito. Sólo puede lucharse contra una leyenda falsa con otra un poco más próxima a la verdad. Quien lo intenta con los hechos desnudos ha perdido de antemano. Sólo un poeta, por ejemplo, podría corregir hoy día el mito de Eva Perón. Para los abogados o historiadores, la hora ha pasado hace mucho. Pero ¿por qué cambiar algo? A mí, por ejemplo, me agrada su aureola. En la historia reciente de nuestro país hay tan pocos héroes que doy las gracias también por los ficticios.

Una "patriota perversa", así me llamó el buen Huemez. Es posible. Pues seguramente mi amor a este país tan alejado de la perfección, es una de las razones por las que no quiero que Nina Gluckstein siga siendo el monstruo que se ha hecho de ella.

23

NINA GLUCKSTEIN.

Como muchos saben, conoció a Chucho Santelmo dos semanas antes de Navidad en casa de Roberto Anchorena, quien en esa época era el agente del cantante. El destino, como dijera después Santelmo en ocasión de una entrevista para la televisión, pues ella tenía otra cita y fue detenida por un asunto completamente insignificante. "¿Una disposición de la Providencia?", insinuó astutamente el entrevistador". Pero Santelmo no quiso responder a más preguntas sobre el tema.

Digamos que los dos no se perdieron de vista a partir del primer momento. No podemos demostrarlo, pero supongámoslo simplemente, para mayor brevedad. Es

seguro que pasaron juntos el cumpleaños de Nina Gluckstein y la fiesta navideña, que le siguió inmediatamente. Durante tres días se hicieron llevar la comida del restaurante francés Chez Jo, que todavía existe hoy, al departamento de soltero de Santelmo en Esmeralda. Alfonsina Menéndez, que en ese entonces era ya su secretaria, tenía la costumbre de guardar también las notas sin importancia. Las significativas las vendió a la prensa durante los tiempos difíciles, y puso las demás a disposición de los biógrafos posteriores.

Luego, el Año Nuevo en una suite del Plaza; también de esto existe el comprobante. Santelmo, según escribe uno de los biógrafos, también quiso pasar esta fiesta en casa, pero "la roja" insistió en el hotel más caro de la ciudad. (¿Cómo puede saber que ella fue la que insistió en ello? ¿Estuvo ahí?)

24

VERÁN QUE ME SIRVO de los mismos datos que todos los demás que han escrito acerca de la pareja. Y, al igual que aquéllos, me permitiré llenar con la fantasía los ratos para los cuales no hay testigos, porque los dos estuvieron solos. La diferencia consistirá en que por primera vez está poniéndose a trabajar alguien con simpatía por Nina Gluckstein. Y que mi relato probablemente resulte un poco más breve: los poetas nunca escribimos libros extensos.

Digamos tranquilamente, pues, que ella y Santelmo todavía pasaron tres semanas en Buenos Aires después del Año Nuevo y que viajaron -al cabo de un concierto en Mar del Plata, al que se había comprometido hacía meses- a la estancia *La luna*, celebrada por él en el famoso tango *Tardes de luna* y la cual le compró sólo un año después.

Tampoco se pasará por alto que al cabo de diez días, ella partió repentinamente y desapareció durante meses en Europa.

En Suiza se reunió con otro hombre, afirma la biografía de Pietrangeli. ¿Qué hombre? ¿Lo vio él? Bueno, es un hecho que en esa época Santelmo fue a Ginebra y curiosamente tomó el vuelo de regreso el mismo día de su llegada. Pero, ¿qué más?

En ese entonces Nina Gluckstein hacía y a los primeros negocios con el dinero de Santelmo y por este motivo estuvo) en Suiza, aseveran los biógrafos López y Leblanc. La brevedad de la estancia de él puede explicarse con mayor sencillez por el hecho de que ella necesitaba un poder bancario. Luego, seis semanas después de regresar ella, el pomposo casamiento, en el que -otra vez según Aldo Pietrangeli- por primera vez se manifestó su prodigalidad. Una boda para la que lo chantajeó con un embarazo fingido, como lo sospecha Nadia de la Sierra. ¿Cómo podría explicarse, de no ser así, que Chucho Santelmo, quien podía tener a las mujeres más bellas del país, se casara precisamente con una Nina Gluckstein, " . . . esa descarnada nulidad, que sin la melena roja hubiéramos olvidado en un instante"?

A continuación, unas palabras más acerca del propio Santelmo, porque tal vez -¡algo inconcebible para los que somos de aquí!- sí haya gente que nunca ha visto una fotografía o una grabación en video de él. Chucho Santelmo era alto, flaco, con los hombros sorprendentemente estrechos, siempre un poco encorvados. (Cuando se encontraba en el escenario, involuntariamente tenía uno que pensar que él mismo acababa de subir el pesado equipo técnico.) El cabello lacio, de corte muy exacto y muy oscuro, que solía caérsele como un triángulo sobre la baja frente durante sus famosos solos de bandoneón. Unos ojos colocados cerca de la raíz de la nariz, extraordinariamente pequeños, oscuros y radiantes, que sin mirar bizco siempre parecían dirigirse a un solo punto, como los de un jugador de tenis. (Lo cual le había

merecido su apodo entre la parte más intelectual de la prensa: Polifemo.) Fumaba sin parar; siempre que fuera posible, sostenía un cigarrillo entre sus dedos largos y huesudos. Pese a que las más de las veces iba con un grupo de cinco o seis músicos en sus presentaciones, de alguna manera daba la impresión de soledad. Y cuando sonreía, lo que era raro, uno se sentía agasajado.

25

SUPONGAMOS, PUES, QUE FUE en Buenos Aires, durante aquella primera noche de Año Nuevo que pasaron juntos, en la suite del Plaza. Que fue una noche anormalmente calurosa aun para esa temporada no tenemos que inventarlo, tan solo la hora -la una de la madrugada- y la razón por la cual Nina Gluckstein se acordó con tal precisión de ella aun más tarde: al abrir el pequeño refrigerador, de pronto se dio cuenta de que todavía llevaba el reloj de pulsera. Se lo quitó y lo dejó en el alféizar, y al hacerlo vio que era la una en punto.

Quando después regresó a la cama con las copas, tintinearón suavemente los cubos de hielo. Y tal vez no fuera ni la fecha ni la hora sino ese tintineo de monaguillo, el culpable de que ambos al parecer sintieran de repente el deseo de decir algo fundamental respecto a esa pasión que había invadido sus vidas hacía veintiún días y noches.

-Nunca he deseado tanto a una mujer como a ti -empezó Santelmo.

-Y yo siento que jamás he deseado a un hombre -dijo Nina Gluckstein a continuación.

-Quando tú estás, tengo que contemplarte. Cuando estoy solo, paso las horas pensando en ti.

-Así y todo, sólo puedo pensar ya en ti.

-Por qué precisamente yo, me pregunto entonces; ¡ella podría tener a cualquiera!

-¿Y tú? ¡Todas las mujeres están a tu disposición!

-Sólo te quiero a ti. Tú eres la mujer que he esperado, lo sé perfectamente.

-Y yo sé que nunca antes he amado. Y que jamás amaré a nadie que no seas tú.

Santelmo dejó la copa a un lado, apagó el cigarro y la tomó entre los brazos.

-Ya no puedo vivir sin ti -afirmó en voz baja.

-Yo tampoco -respondió Nina Gluckstein- Si te mueres antes que yo, me suicido.

-Cursilerías, lo sé.

26

CURSILERÍAS. ESE PRIMER DIÁLOGO entre amantes, como de una de las radionovelas con las que nuestras emisoras solían tratar de amenizar las mañanas a las amas de casa. Y precisamente esta conversación es del todo real: eso fue exactamente lo que nos dijimos, casi palabra por palabra, aquel hombre y yo en una de nuestras primeras noches, y ninguno de los dos tuvo siquiera que sonreír. Pero es imposible escribirlo así. Dado que en las situaciones solemnes se utiliza un lenguaje particularmente artificial, la literatura que quisiera contarlos tendría que ser cien veces más auténtica que la vida.

Y luego los cubos de hielo que suavemente tintinean en las copas: probablemente sea imposible expresarlo en forma más trivial. Pero en este caso también sé exactamente de dónde lo saqué. Fue, ciertamente, en otra ciudad, en otro hotel, y tampoco era Año Nuevo. Pero, al

igual que Nina Gluckstein, eché un vistazo al reloj de pulsera al abrir el refrigerador, y luego me lo quité.

-¿Cuántos hielos?

-Dos y medio.

-Dios mío, hasta allí no sé contar!

-Me lo imaginaba.

Cuando le llevé su copa -al igual que Santelmo estaba acostado, como Santelmo fumaba-, la alzó e hizo tintinear los cubos de hielo.

-¿En qué te hace pensar este ruido?

-Cubos de hielo en una copa de whisky.

-Vaya poetisa que eres! Escucha. . .

-Un tranvía.

-No.

-Un trineo tirado por caballos.

-¿Acaso estamos en Europa?

-La infancia.

-Más caliente.

-Domingo.

-Más caliente aún.

-La iglesia.

-Está ardiendo.

-La misa!

Y todo eso porque le hacía falta la introducción a una de sus cien mil anécdotas -de niño ayudó una vez como monaguillo-, la cual como de costumbre sofocó en el momento culminante con una mezcla de risa y tos de fumador. ¡Qué feliz fui aquella noche!

27

CREO QUE YA ES HORA de hacer profesión de algunas verdades, también para mí misma. Deseo rehabilitar a Nina Gluckstein; eso declararé al comienzo del libro. Si hablaba de mí misma, era sólo para que ustedes comprendieran más fácilmente la historia de ella. ¿No es en realidad al revés? ¿No se escribe este libro porque

a) necesito un pretexto para reflexionar, durante estas últimas semanas, meses, quizás años que me quedan, acerca del único tema que aún me interesa (el fracaso de mi amor);

b) quiero comprender por fin, a través de la reconstrucción, paso a paso, del destino de Nina Gluckstein, el mío propio (el destino por el que fracasara mi amor);

c) pese al desprecio que siento por los autores autobiográficos, después de todo no puedo abandonar este mundo sin revelar a ustedes, los lectores, el secreto de mi vida (el secreto del fracaso de mi amor)?

Literatura, Dios mío, ¡como si de eso se tratara! Es de él la imagen que quiero evocar con cada cuadro, cada diálogo, sin importar los medios.

El extraño poder que Nina Gluckstein ejercía sobre su amado era lo que supuestamente quería explicar. Es el poder de mi amante sobre mí el que aquí me interesa. ¿Cómo logró abismarme en una pasión tan grande?

Y luego el relato que les prometí. ¿Se supone que esto es un relato? Mirándolo de cerca, aparecen cualquier cantidad de cifras y ecuaciones y series numéricas. ¿No estoy profesando matemáticas?

Aquí vuelvo a leer, por ejemplo, la descripción de Chucho Santelmo, lo de los hombros estrechos y así sucesivamente. Y bien. Santelmo no era ningún atleta; todos lo sabemos. Pero, ¿eran sus hombros "sorprendentemente estrechos"? Sin duda quise jactarme ahí de que los hombros de mi amado eran sorprendentemente anchos: Un número positivo real (+1) fue reemplazado por su contraparte negativa (—1).

¿Y qué tenían de "extraordinario" los ojos oscuros de Santelmo, su cabello lacio y oscuro? ¡El noventa por ciento de los hombres es así en nuestro país! Ahí sencillamente traté de indicar que los ojos del hombre de quien en realidad parece tratarse aquí, eran extraordinariamente claros para un sudamericano. Y que su cabello, aunque encanecido, hasta el final era todavía voluminoso y rebelde. Ambos daban la impresión de soledad, eso es cierto; ambos eran también fumadores asiduos. Sólo que Santelmo murió por su amor a Nina Gluckstein, y el otro por sus eternos cigarrillos.

28

TAN SÓLO CON EL lenguaje de las matemáticas puede describirse adecuadamente el mundo en que vivimos, según leí por estos días en un texto del matemático Meschkowski. Olvidemos, pues, la literatura, apeguémonos a la realidad y describamos "adecuadamente" esta primera escena. Digamos, entonces, que Nina Gluckstein (cubierta ya sólo por su larga cabellera roja) volvía a la cama con las dos copas y que por ello se produjo el tintineo de los cubos de hielo. Digamos, asimismo, que este pequeño y solemne ruido tal vez haya tenido la culpa de que ella y Santelmo fueran asaltados aquel 1. (a la una de la mañana) por el

deseo de decir algo fundamental respecto a su amor. Y que su conversación en lo sucesivo se desarrollara como si avanzaran de escalón en escalón, dejando una ecuación sobre cada uno:

Nunca había deseado= tanto a una mujer como a ella, empezó Santelmo.

Y ella sentía que jamás había deseado a un hombre, dijo Nina Gluckstein a continuación.

Cuando ella estaba, él tenía =
nía que contemplarla.
Cuando estaba solo, pasaba las horas pensando en ella.

Así y todo sólo podía pensar ya en él, replicó Nina Gluckstein.

Por qué precisamente él, =
se preguntaba entonces;
ella podía tener a cualquiera!

¿Y él? ¡Todas las mujeres estaban a su disposición!

El sólo la quería a ella. Era =
la mujer que había esperado. Lo sabía perfectamente.

Y ella sabía que nunca antes había amado. Y que jamás amaría a nadie que no fuera él.

Santelmo dejó la copa a un lado, apagó el cigarro y tomó a Nina Gluckstein entre los brazos:

Ya no puedo vivir sin ti, =
afirmó en voz baja.

Yo tampoco, respondió Nina Gluckstein. "Si te mueres antes que yo, me suicido".

29

AQUELLA NOCHE, NINA GLUCKSTEIN y Chucho Santelmo yacieron como agotados el uno al lado del otro. Sus juramentos de amor los habían al mismo tiempo embriagado y aliviado; ninguno de los dos reconoció el peligro. Nina Gluckstein se acordó posteriormente de que durante días había pensado en lo acertado que había sido confesarle la intensidad de sus sentimientos. Pues en verdad lo amaba como a ningún hombre antes y sabía que de hecho no podía vivir sin él.

Pero, por supuesto, estuvo mal.

30

EMPEZÓ A RECONOCER EL error sólo tres semanas después. El calor había entre tanto despejado la ciudad; quien podía permitírselo se encontraba en el mar. Santelmo todavía realizó la corta presentación en el siempre exageradamente repleto Mar del Plata -en esa ocasión cantó por primera vez una composición dedicada a ella-, y después se retiraron a la finca antes mencionada en el Sur, donde hacía un poco más de fresco.

Se conocían ya desde hacía más de un mes, y pese a que la pasión de él no había disminuido de manera que pudiese verificarse, ella percibía claramente el cambio. Él leía mucho ahora y hacía largas llamadas telefónicas. Asimismo, bebía más que en Buenos Aires, y sus comentarios eran con frecuencia irónicos, como si quisiera dar a

entender que todo lo que él le decía era más o menos provisional.

Desde el primer día escogió un caballo, una yegua de brillo casi metálico -en la funda de su LP *Yegua de acero* se retrata una así-, en la que pasaba horas recorriendo el campo. Cuando en una ocasión ella comentó sonriente, que tenía la impresión de que a él le agradaba más ese caballo que la mayoría de las personas, él afirmó: "Cierto, no aplaude". Estaba acostado sobre la pradera al lado de ella y miraba al cielo; el cielo era azul y blanco. Ella no pudo menos que tomarlo de la mano, tan solitario le pareció en ese momento.

31

NO TOCÓ SUS INSTRUMENTOS. Sin embargo, ha quedado comprobado que durante aquellos días produjo el texto para una de sus composiciones menos populares, el ya mencionado tango *Penélope Sánchez*. A mí tampoco me fascinó por sus cualidades líricas, sino por el momento en el que se le ocurrió.

Penélope Sánchez es una muchacha de "las villas miserias" de Buenos Aires, cuyo joven marido emprende un día el viaje a Chicago para ganar allí mucho dinero, y a quien ella promete fidelidad al despedirse. A todos los que la cortejan -y dado que es bonita, son muchos- les explica que está esperando a Ulises. "Sé que regresará -les dice a los pretendientes que rondan el tinglado-; manejará uno de esos coches grandes y lucirá un traje con chaleco y corbata. Comprará un departamento de diez habitaciones en el centro de la ciudad. ¡Seremos felices para siempre!" Así pasan veinte años y, pese a que las

cartas de Ulises se vuelven cada vez más escasas y los pretendientes la codician cada vez con mayor impertinencia, Penélope espera, sin dudar jamás del amor de él y sin serle infiel ni una sola vez. Y por supuesto, él regresa. Pero entonces, cuando se detiene delante de la choza en su Chevrolet y baja del coche –en un traje azul oscuro, veinte años mayor, ciertamente, pero todavía de buen ver-, ella no lo reconoce siquiera. El hombre en que lo ha convertido en sus sueños es tanto más espléndido, que ése le parece un mendigo. El mismo día acepta a uno de los pretendientes, y Ulises regresa, solo y triste, a Chicago. No hay que dejar esperando a las mujeres, canta Santelmo al final de la canción, también su nostalgia puede resultar peligrosa; ¡cuánto me hubiera gustado contradecirlo con mi propia experiencia!

Supongamos que Nina Gluckstein lo hiciera en mi lugar.

-Sí de veras lo amaba, ¡también lo hubiera amado después de su regreso!

-Después de veinte años? ¡Estás loca!

-Yo te amaría aún después de cien años. Y por supuesto, te hubiera reconocido de inmediato, ¡bajo cualquier disfraz!

32

HACE DOS DÍAS QUE no escribo ni un renglón. Pues, ¡qué complicado es dar a entender con los medios de la prosa este retroceso apenas perceptible de Santelmo, esta nube que aquí tapó su pasión! ¡Y en comparación, qué sencillo resultaría por medio de un poema, donde una palabra, aun una sílaba, bastan para evocar mundos enteros! Por supuesto, consideré intercalar aquí una pieza lírica; muchos escritores han elegido este recurso antes de mí. Pero también se sabe cuántos lectores realmente

toman nota de tales inserciones: en los poemas hasta de 20 líneas es el 26 por ciento; si la digresión tiene el doble de largo, ochenta de cien personas abandonan el libro, y sólo cada tercera reanuda la lectura después. ¡Me haría un flaco servicio!

Es probable que, por una parte, tenga la culpa de ello la barbaridad de la lectura rápida, esta nueva peste que empezó a hacer irrupción entre nosotros precisamente en el momento en que expulsamos el trabajo a destajo de las fábricas. Resulta tan imposible leer rápido un poema como contemplar rápido un cuadro o celebrar rápido una fiesta. ¡Qué poco satisfactorio debe ser esto, para nuestros fanáticos del rendimiento! La otra parte de la responsabilidad seguramente corresponde a nuestras escuelas. Sin considerar que toda coacción impulsa en la dirección opuesta, hacemos a los niños aprender de memoria los poemas, como desde tiempos inmemoriales, y en la mayoría de ellos sepultamos así para siempre toda curiosidad natural por este arte, el más severo y más bello de todos.

Esto último probablemente pueda decirse también de la más bella y más severa de las ciencias, las matemáticas. Y por eso he abogado una y otra vez en mis entrevistas por hacer funcionar la enseñanza de esta materia, en gran medida, sobre una base voluntaria. Lo que realmente tiene que saberse de ella después, se domina a la edad de nueve años; el resto así y todo se olvida de inmediato en esta época de las calculadoras de bolsillo, por falta de práctica. Y a mi modo de ver, sólo así, sin obligación, puede surgir aquella obsesión que yo, por ejemplo, pude vivir en mi juventud.

Por lo menos las matemáticas superiores eran en aquella época, en nuestro país, el secreto de pocos, que se guardaban, como los tempranos discípulos de Pitágoras, de no revelar su conocimiento a nadie que fuera "indigno". Resulta lógico que en este caso los indignos fuéramos en primer lugar las mujeres, y la mayoría se rindió pronto y gustosamente ante este obstáculo. Pero ¡cómo,

precisamente esto, dio alas a mí fantasía! Mi mundo, que durante la adolescencia se reducía a las trivialidades de la vida de una hija de buena familia, se volvió otra vez misterioso y vasto gracias a las matemáticas.

Y conforme avanzaba, crecía mí pasión por saber más. Era como sí otra vez se me permitiera vivir la infancia: ¡La feliz impresión con la que se conquista la serie de números respectivamente superior! ¡Aquél primer sentido de lo ilimitado en un mundo que hasta entonces creíamos poder abarcar! Es posible que ya en aquella época yo haya sido un caso especial. Así como otros niños rezaban antes de dormirse, yo trataba de imaginarme "el infinito" todas las noches, y no me daba por satisfecha hasta que mi experimento me mareaba.

¡Qué fuerza contienen las fórmulas matemáticas (¿no hacen pensar en puños cerrados?), qué soberana brevedad! ¡Cuántas páginas harían falta, por ejemplo, para traducir al lenguaje corriente la ecuación diferencial de Schrödinger, de la mecánica cuántica! Y qué maravillosa universalidad posee este idioma: sea en Buenos Aires, Shanghai o Moscú, ¡quien domine los signos de las matemáticas puede entender a otro! La precisión con que aquí se manejan hasta las sílabas: *definido, determinado, ordenado, medio ordenado, bien ordenado*; ¡y cada vez una nueva dimensión! "Tan sólo con el lenguaje de las matemáticas se puede describir adecuadamente el mundo". Sí, pero ¡qué pocos son capaces de comprender la áspera belleza de tal descripción!

¿Y acaso no somos precisamente los escritores los que una y otra vez la difamamos? Ningún matemático osaría jactarse de su mal estilo o deficiente ortografía. Pero para el artista, una mala calificación en aritmética representa un seguro presagio de superioridad intelectual. Ha sido elegido uno para ser algo mejor; de ahí la instintiva aversión al mundo de los números. Y, aunque todos insistimos en cuentas bancarias bien llevadas, no queremos tener nada que ver con la gente que las atiende para nosotros.

Una vez más, ¿qué hay detrás de esto, sino una manipulación de la opinión pública? Quien no puede pensar con precisión -y no se trata de otra cosa en las matemáticas-, busca la salida de lo impreciso, lo vago, se vuelve artista y a menudo también escritor o periodista. Y ahí, en los medios de información, obtiene entonces el poder de glorificar como fuerte la debilidad propia y de sus semejantes.

Así, los minuciosos continuamente adquieren fama de ser unos idiotas que conocen sólo su materia, y los otros, la de una genialidad por lo menos potencial. Pero los artistas verdaderamente grandes que he conocido en la vida siempre han sabido apreciar también la belleza del mundo de los números. Por cierto, también de la música: el mundo es armonía y aritmética, dice Pitágoras, el Maestro.

33

NINA GLUCKSTEIN.

Como no quería hacerle preguntas a Santelmo (mucho menos una en particular), recapituló la historia de cómo se conocieron, una noche cuando ya estaban sentados a la mesa como acicalados extraños: él llevaba con su pantalón jean una camisa blanca de smoking, ella se había puesto una flor blanca en el cabello, que parecía de cobre a la luz de las velas.

-Estoy segura de que fue obra del destino que aparecieras precisamente ese día en casa de los Anchorena -comentó atrevidamente al terminar. Sentía los latidos del corazón. Pues, por supuesto, ella no creía en el destino personal. Pero también sabía que todo enamorado tiene

que delatarse por el uso de esta palabra: si el amor es sinónimo de religión, el enamorado (como todos los devotos) no dejará sin intentar nada que arregle como milagro un resultado de la ley de la serie (como por ejemplo el primer encuentro con el nuevo dios).

-Anchorena y yo teníamos que discutir un contrato; en cualquier caso hubiera ido con él ese día –replicó Santelmo.

-Entonces fue predestinado que todavía estuviera yo ahí, pues estaba a punto de irme. Por cierto, te reconocí de inmediato; mi indiferencia fue completamente fingida.

-Todos me reconocen de inmediato -dijo él, riendo.

-Yo llevaba sandalias nuevas y, porque me dolían los pies, en el último momento pedí prestado un par de medias, a Mimi Anchorena. Mientras me las ponía en su habitación, oí rechinar unos frenos. Fui corriendo a la ventana, y ¡ahí estabas tú! Menos sombrío que en las fotografías, ¡pero te reconocí al punto!

-Entonces, no debemos nuestro amor al destino, sino a un mal fabricante de zapatos. . . -dijo, él alzando sonriente la copa de vino:- ¡Brindemos a su salud!

Ella tuvo la impresión de que él había trazado con esas palabras la línea que después señalaría el punto de separación entre ellos: Aquí yo, allá tú: dos personas elegantes y adultas, juntas por una mera casualidad para un tiempo de fin muy previsible. Querida, ¿podrías hacerme el favor de acordarte de esto?

(Cuando recuerdo el pasado: ¡Cuántas veces también yo traté de hablarle a aquel hombre acerca de la influencia del destino en nuestra pasión! Cuántas veces lo espanté con eso! Y a veces, cuando yo había guardado suficiente silencio, ¡era él quien hablaba sobre el destino de un gran amor! Por Dios, ¿por qué no permanecí callada *siempre*? Cómo pude ser tan egoísta para robarle la ilusión de que había algo que conquistar: ¡la mayoría de votos, un parlamento, un país! ¡A un hombre tan inequívocamente hecho para la lucha como él!)

34

EN TODO CASO, ELLA comprendió que tenía que actuar, pero no sabía cómo. Y curiosamente fue él quien le mostró el camino. Dos días después, se organizó una fiesta para celebrar el aniversario de bodas de un viejo trabajador de la finca, en que Santelmo fue el invitado de honor. Debajo del eucalipto, al lado de la casita, asaron unos corderos, y después cantaron en conjunto sus canciones, que también allí eran conocidas por todo el mundo gracias a la televisión. Pero cuando quisieron regresar esa misma noche, el caballo de él cojeaba, y dado que el camino era largo y él no quería dejar al animal, decidieron quedarse. Como algo natural, la pareja homenajeadada les ofreció su cama, adornada con guirnaldas de papel para festejar el día; como algo natural, él aceptó el generoso gesto.

-¿Por qué permitiste eso?

-Sí estuviéramos acostados allá afuera, no dormirían nunca. Estamos haciéndoles un favor.

-Pero esta gente te quiere. ¡Te idolatra!

-Querida, es lo mismo. . . -ella no podía ver su cara en la oscuridad, pero la voz estaba llena de ironía-: Nosotros también nos idolatramos, ¿o no?

-Yo a ti sí.

-Si pudieras escoger, ¿preferirías adorar o ser adorada?

Ella titubeó.

-Adorar.

-¿Ya ves? Tienen todo lo que desean.

(Aquel hombre también me lo dijo una vez: "Ninguno de ellos quiere pensar ya por sí mismo. Me miran y esperan una revelación. A veces me da miedo". Por lo visto, también les daba miedo a sus enemigos, pues dos meses después fue arrestado por primera vez.)

35

CUANDO TE SUPLIQUE DECIR SÍ, di no, y mi deseo crecerá más y más. . . El poeta romano Ovidio formuló esta frase. Por desgracia no agregó cómo decirle "no" a alguien por quien se consume uno con todos los sentidos.

Nina Gluckstein no concilio el sueño durante mucho tiempo. Digamos que esa noche comprendió que en un amor, por grande que sea, a la larga sólo a uno corresponde el privilegio de revelar al otro su devoción. Y que en ese caso particular sólo podía hacerlo él. Sin duda era una mujer hasta cierto punto deseable, pero de éstas había muchas, y la mayoría probablemente estuviera realmente a su disposición. Si quería conservarlo, había sólo una manera: debía convertirse en la que no se arrodillaba ante él. Y si por un milagro lograra que él alguna vez volviera a hablarle de amor, de ninguna manera debía responder a sus plegarias. Un dios que contesta a los ruegos con otros iguales, no guarda su divinidad por mucho tiempo, y si él no encontraba al suyo en ella, pronto lo buscaría en otra.

Estuvo despierta todavía mucho rato. Desde el cobertizo del lado salía de cuando en cuando el resoplido de uno de sus caballos y un agrio olor a establo que era alejado por el aroma del eucalipto con cada soplo de viento. Entre el alternar de esos dos olores tan contrarios, ella se durmió al amanecer como en una cuna. Al otro día regresó a la capital con un pretexto, y de ahí tomó el primer vuelo a París, esa "ramera hipocondríaca", como dice una canción de él. Había decidido ser la mujer con la que él se quedara.

(¿Por qué no partí yo de viaje en aquel entonces?)

36

MAS TARDE ÉL LE contó que al día siguiente llamó a su departamento, pero esto no correspondía a los hechos. Al día siguiente fue a la capital de la región, a trescientos kilómetros de distancia, donde se emborrachó en el bar del único hotel. Pronto, como de costumbre, todo estuvo lleno de gente, pero él no se metió con nadie. Hacia medianoche, un tipo de brazos gordos y desnudos le prometió los favores de una cierta Conchita si le cantaba un tango determinado, y él le contestó que se fuera al diablo.

Cuando después llegó a su sofocante cuarto, con otra botella, quedó perplejo al encontrar a la muy joven camarera en la cama. Le preguntó si se llamaba Conchita. No, respondió ella; se llamaba Lidia.

-¿Estás segura?

La muchacha se echó a reír.

-¡Me llamo Lidia! ¡Palabra!

Él se dejó caer en la cama y, cuando la pequeña se bajó el cierre de su falda negra con regordetas manos de niña -él ya estaba demasiado borracho-, pensó por primera vez en ella. Pero sólo que sería agradable que no regresara antes de una semana.

37

DOS DÍAS DESPUÉS LE habló él por la mañana, más bien distraído y un poco sorprendido de que ella no se hubiera comunicado aún. Por la tarde -hacía un poco más fresco que de costumbre-, salió a montar por mucho tiempo, en la

noche intentó comunicarse de nuevo, y luego, a partir de la una de la madrugada, por lo menos cada media hora. Como sabía lo mal que ella conducía, en realidad pensaba más bien en un accidente; en ese momento todavía estaba demasiado seguro de su amor para sospechar una infidelidad.

A las ocho de la mañana -él estaba despierto todavía-, recibió el telegrama de ella. En él le daba una dirección de Ginebra donde dentro de poco podría hallarla -un asunto de dinero la había obligado desgraciadamente a irse inmediatamente a Europa- y concluía el mensaje con TE QUIERO. La declaración no lo sorprendió. Ella era hija de un industrial; él procedía de la clase baja. De algún modo sintió que se había salvado, aunque no sabía de qué.

Pasó otros cinco días en el campo sin hacer nada y, cuando regresó finalmente a Buenos Aires, reanudó en seguida el romance con Amelita Díaz, una regional reina de belleza, interrumpido bruscamente hacía ya ocho semanas por su pasión. Pensaba más a menudo en Nina Gluckstein, pero pasó otra semana completa antes de que reconociera cuánto sentía su ausencia.

38

NINA GLUCKSTEIN.

Como los pitagóricos, tal vez ella también haya considerado el 17 como número de mala suerte. "Tapa", por ejemplo, los números 16 y 18, los cuales tienen la notable característica de formar parte; como números de área, de los cuadriláteros cuya área es igual al perímetro. En efecto: un cuadrado con el lado 4 tiene el área y el perímetro $4 \cdot 4$

= 16, y correspondientemente tenemos en el rectángulo con los lados 6 y 3 el perímetro $2 \cdot (6 + 3) = 18$ y el área $3 \cdot 6 = 18$. Yo, por ejemplo, que como todas las personas condenadas al escepticismo me aferró ávidamente a toda oportunidad para la superstición, nunca he hecho nada importante en un día diecisiete. Jamás se me hubiera ocurrido, por ejemplo, escribirle una carta a mi amor en un diecisiete.

Para no poner en peligro su estrategia, Nina Gluckstein se quedó diecisiete días en París, durante los cuales se limitó, ciertamente, a comprar ropa que pudiese agradarle a Santelmo y, por la noche, a pedir las composiciones de éste al cantante argentino de un club nocturno, quien las interpretaba más mal que bien.

Sólo bajo los buenos auspicios del décimo octavo día continuó el viaje a Ginebra y de hecho encontró allí, en el hotel, varias misivas en las cuales él le pedía, en términos cada vez más urgentes, que le hablara en cuanto llegara. No lo hizo y, cuando a la mañana siguiente la llamó él, a las cinco de la madrugada de Buenos Aires (al sonar los primeros timbrazos, ella echó un vistazo al reloj de pulsera), tampoco contestó. Siguió acostada, los brazos cruzados, las manos aferradas a los hombros, tan grande era la tentación de descolgar. Y cuando al cabo de una eternidad dejó de sonar, sus uñas le habían dejado marcas curvas en la piel.

Se vistió y salió. Recorrió los tortuosos callejones y pensó en él y en las calles anchas y ruidosas de su ciudad. Siguió la ribera del lago -un grupo de escolares estaba dando de comer a los cisnes- y pensó en él y en los lagos solitarios de su patria. Caminó en dirección de una cadena montañosa y pensó en él y en la gran llanura de su país. Cuando volvió, después de tres horas y media, él había llamado nuevamente. Esa vez el mensaje decía que dentro de dos días se reuniría con ella, en el vuelo número 725 de Swissair.

39

TAL FELICIDAD AÚN No le correspondía: cuarenta minutos antes de su llegada, ella abandonó el hotel. Les había pedido a los empleados de la recepción decirle al viajero que ella se encontraba en camino de regreso a su patria, que ya no había alcanzado a recibir el mensaje. Cuando finalmente llegó él, ella estaba en la ventana del café de enfrente, y cuando en seguida volvió a salir con su maleta - a ella se le había olvidado cuan rápido solía decidirse-, se sobresaltó tanto que tuvo que sujetarse.

Él dio unos pasos hacia ella a través de la plaza vacía -ya creyó que la había descubierto-, encendiendo un cigarrillo al caminar, pero de repente se detuvo. Se movía de otro modo que en casa; esa parte del mundo evidentemente no era la suya. Ella quería salir corriendo hacía ese hombre perdido, agotado por el largo viaje, cuando de súbito él se apartó y se alejó en dirección contraria.

Al fondo de la plaza dos mujeres jóvenes venían de frente. Él les preguntó algo; ellas señalaron la calle en la que él así y todo había estado a punto de meterse, y siguieron adelante conversando amigablemente. Como si no se hubiesen encontrado con él, pensó Nina Gluckstein. Como si no lo hubieran visto a él.

(Me acuerdo de haberme encontrado, de estudiante -era mi primer viaje a Europa-, en el British Museum delante de una vitrina con un manuscrito de Newton, donde observé a un escarabajo que atravesaba las hojas. Despacio, con ponderación, con indiferencia, ¡sobre el escrito de Sir Isaac Newton!)

40

ELLA SE QUEDÓ OTROS dos meses. Primero en París, pero cuando en el club nocturno el compatriota fue sustituido por un grupo de flamenco, alquiló un coche con tocacintas y recorrió, acompañada por su voz burlona, su música desgarrada, los estrechos países de ese mundo abarrotado que con tanta ternura llamamos el "viejo"

Así vio, sumida en sus tangos, Bélgica y Holanda, la Alemania occidental con sus letreros azules, un pedacito de Austria. Se detuvo en Milán y compró más ropa, y después todavía pasó casi una semana dando vueltas por la jaula de Venecia.

Sentada en algún restaurante, contemplaba las figuras menudas de los camareros y pensaba en los hombres de su país, tan altos y denodados. Por supuesto no correspondía a la realidad, pero ésta ya la había dejado atrás hacía mucho: Santelmo era así, y más allá de él nada era real para ella. Una vez se hizo de un amante, y en la indiferencia que sintió al entregarse a ese extraño, estuvo durante una noche más cerca de él que desde hacía mucho.

Durante una visita al antiguo barrio judío, descubrió un juego de ajedrez, una verdadera maravilla del arte de la cristalería veneciana: en lugar de las piezas usuales, dignatarios eclesiásticos, de un lado los judíos, del otro los cristianos, listos para arremeter los unos contra los otros. En lugar de los reyes, el Gran Rabino y el Papa, cada uno con su dogma de vidrio en la mano alzada. Lo compró, y pese al difícil transporte, pese al frecuente uso, ninguna de las valiosas piezas se rompió jamás (cuando pude verlas hace poco, en todo caso, estaban en perfecto estado). Osvaldo Horovitz ha mencionado, por ejemplo, que él y Nina Gluckstein se enfrentaban sólo con el ajedrez

veneciano de vidrio. Dado que ambos eran judíos, sorteaban cada vez los lados con un complicado juego de dados.

El amuleto del "cuadrado mágico", más tarde su regalo de bodas a Santelmo, también lo compró en Venecia en aquella época. En la misma tienda del buhonero se lo colgó en el cuello y, pese a que no creía en tales embrujos, percibió cómo al instante se reducía su miedo. Tenía ya cincuenta y dos días sin saber nada de él. En ese tiempo, era aún casi desconocido en Europa, y no se podían conseguir periódicos argentinos en ninguna parte.

Finalmente se embarcó en Genova -un avión hubiera dado la impresión de impaciencia-, contó los días, las horas, las olas, y llegó a casa en un despejado día otoñal -era mayo ya.

41

LAS CALLES ESTABAN ABANDONADAS, como en sus sueños, y sólo cuando hubo descendido, le dijo el chofer que se debía a un partido de fútbol. Ella entró al edificio, dejó las maletas en la portería y subió corriendo alrededor de la reja del ascensor, llena de arabescos, los tres pisos hasta la puerta de su departamento. Y en el mismo instante en que entraba, el teléfono comenzó a sonar.

Había ansiado verla, afirmó él, después de una pausa. Ella también, respondió, pero rápidamente y con una risita. Le pidió esperar aún hasta el otro día, porque acababa de llegar.

Al colgar sintió un solo deseo: el de postrarse, agradecida, ante alguien o algo. Pero entonces se acordó de que no creía en nada más que en él.

42

ÉL LE DIJO:

1. que la amaba, que había pensado en ella de día y de noche, que la había buscado por todas partes, que aun la había seguido;
2. que a veces había creído volverse loco del anhelo de verla, y que todas las demás mujeres le eran indiferentes;
3. que la necesitaba, que nunca debía volver a abandonarlo, que sin ella no era capaz ni de pensar ni de trabajar, porque sin ella todo lo demás carecía de sentido.

Finalmente le dijo:

4. que ya no podía vivir sin ella.

Y esa vez ella se controló y no le devolvió sus oraciones.

Y cuando en la madrugada le pidió que fuera su esposa, ciertamente contestó a este ruego con un sí, pero como si fuera a perder algo en la vida de la que ella provenía.

43

TRANCURRIERON ASÍ LAS SEMANAS, los meses. Digamos que ella yacía en sus brazos al dormirse y que por la mañana despertaba a su lado. Y, al contrario de los demás amores, donde la pasión de uno poco a poco parece sofocar la del otro, ésta debía perdurar. La de él seguía viva por la reserva de ella, y la de ella así y todo era indestructible. Él era ahora su esposo y, para agradecer que la señoreara de tal manera, ella se conducía en forma señorial.

Tenía mucho qué aprender... Por ejemplo:

- cómo apartarse de alguien de quien no se quiere quitar la vista de encima;
- cómo despedirse distraídamente y no temblar de felicidad cuando el otro regresa a casa;
- cómo no hacerle preguntas al único cuya opinión importa;
- cómo ir a contestar el teléfono con pasos moderados y no seguir con la vista un coche, barco o avión;
- cómo dormirse al lado de alguien de quien no se quiere perder ni un aliento;
- cómo no satisfacer los deseos.

44

CÓMO NO SATISFACER LOS deseos. Nada más sencillo; ¡cuántas veces lo pensé! ¡Y luego andaba por Buenos Aires y hacía exactamente lo contrario! El árbol aquel:

¿no dijo él que sólo crecía en su país? Voy a sacarle una foto. Estos titulares en la edición de la noche: puede ser importante para él, voy a hablarle. ¿No le servirá la bufanda de lana gris cuando va de pesca en la lancha? Y cuánto le gustaría esa canción: ¿cómo se llama, puede comprarse?

Dios mío, ¡ por qué no pude controlarme! ¿Por qué no consideré que recibir vale realmente menos que dar? Por qué no se me ocurrió al menos la famosa paradoja de Zenón, aquélla sobre la carrera con la tortuga: Por mucho que se esfuerza el corredor Aquiles, ¡nunca está con ella en el mismo lugar al mismo tiempo! Sé que las matemáticas modernas también han resuelto el problema de lo infinitesimal. Pero en la escuela siempre pensé: ¿Por qué Aquiles simplemente no se quedó inmóvil?

Nina Gluckstein se quedó inmóvil. Dejó que Santelmo se aproximara a ella, la contemplara, rodeara, siguiera adelante, se acordara, deseara estar con ella, diera vuelta, regresara. Una y otra vez. Alabada sea Nina Gluckstein.

Para gustarle, de hecho pronto se abstuvo de todo lo que pudiese despertar la impresión de ser intencional. Poseía ya -por él- muchos vestidos, pero tan pronto él parecía admirar uno en particular, no se lo ponía por mucho tiempo. Sabía que a él le gustaba verla de blanco, y precisamente por eso procuraba evitar este color. Y dado que a menudo le decía cuánto le encantaba la voluminosa melena de su cabello rojizo, se lo peinaba frecuentemente hacia atrás, sujeto en la nuca. Y luego, algún día, como por capricho, esperaba su regreso con espléndidos vestidos blancos y el pelo suelto.

45

EN SU TRABAJO TUVO él una época de triunfos aún mayores, pues la gozosa falta de libertad que había encontrado con ella lo liberaba como nunca del resto del mundo. Su música se hizo aún más atrevida, y cuando se presentaba en concierto cantaba los textos como si no hubiera abismo al que no fuera posible asomarse ni pensamiento que no debiera tenerse.

Los asistentes a sus conciertos, que se llevaban a cabo en salas cada vez mayores, en ocasiones incluso en estadios, percibían esta nueva fuerza -la cual ciertamente se derivaba de una nueva debilidad, pero eso no lo sabía ni él mismo-, y lo idolatraban más que nunca. Y mientras las ovaciones en sus presentaciones en público, esa aclamación histérica después de cada canción que ya no guardaba ninguna proporción razonable con su arte, antes lo habían deprimido (pues, sí él era lo mejor qué trivial resultaba la Creación; si no lo era, ¡qué ridículo era su público!), ahora reaccionaba sin cinismo. Dado que él también tenía a alguien a quién adorar, a ella, era capaz de tolerar con burla complaciente la adoración de sus discípulos. Muchas de sus canciones de todos modos estaban dedicadas a ella.

Cada vez lo anunciaba antes: "El siguiente título lo cantaré para mi esposa. . ."Sólo entonces soltaba el cigarrillo, tomaba el instrumento y se ponía a cantar.

46

PERO ELLA RARA VEZ asistía a sus conciertos. El delirio del público se parecía demasiado al de ella para que le gustara. Además, percibía a la creciente multitud de prosélitos como enemigo natural. Pues, cuanto más débiles se volvían los otros (cuanto más se arrojaban a los pies de él), más fuerte tenía que parecer ella (más divinidad tenía que representar). Cuanto más desenfrenada era la aclamación de ellos (cuanto más ferviente su adoración), más dominio debía ella mostrar sobre sí (y menos podía confesarle la intensidad de su amor). Las muchedumbres a través de las cuales él se movía sin temor alguno también le causaban cada vez más miedo: Él era ahora su vida. Le regaló un puñal de plata -como talismán, dijo a la ligera-, que a partir de entonces él siempre llevaba consigo. Él le entregó, para corresponder al obsequio, una pequeña pistola, también de plata, con un monograma grabado. Para defenderse, afirmó seriamente, ella era ahora su vida.

Sin embargo, ella se mostraba poco en público. Cuando lo hacía, llevaba siempre lentes oscuros para el sol y el hermoso cabello severamente recogido. Y como las fotografías que se le tomaban en tales ocasiones salían contra su voluntad, nunca sonreía en ellas.

Los adictos a él se asombraban de que, pudiendo tener a todas, hubiera tomado a una mujer tan fría, más aún, tan dura. Pero como por consideración a él no deseaban ofenderla, al principio convinieron en llamarla "enigmática".

47

DURANTE ESE PRIMER AÑO que pasaron juntos, se produjo el tango El viejo, uno de los menos conocidos, y mi preferido entre todas las composiciones de Santelmo. Trata de un astronauta de California, que después de regresar de un viaje a la Luna, se sienta junto a su pileta de natación y contempla el cielo en cada noche despejada. Y, cuanto más tiempo pasa mirando la Luna, menos puede creer que él u otro cualquiera haya estado allí jamás. Convoca una conferencia de prensa, en la cual se acusa a sí mismo y a toda la NASA de una mentira propagandística. Ningún estadounidense había estado en la Luna jamás, ¡sólo había que levantar la vista para comprenderlo! Pero, conforme envejece y paulatinamente pierde la vista, empieza a creer en su hazaña. Que estuvimos en la Luna, canta Santelmo, sólo podemos imaginarlo cuando no la miramos.

Mencionemos aquí otra composición más de este tiempo, porque desempeñó un papel muy triste en aquel funesto último concierto. Me refiero al tango intitulado Nina Gluckstein. Pese a que nuestras emisoras no lo tocan ya desde el día en cuestión -yo, por lo menos, nunca volví a oírlo- y que no se consigue ni como grabación de sonido ni de video, seguramente no hay nadie que no lo conozca. ¿Alguna vez ha habido un texto profano que más se parezca a una oración?

48

¿UNA ORACIÓN? ¿EN VERDAD son oraciones las canciones de amor? ¿Realmente fueron Nina Gluckstein y Chucho Santelmo mutuamente sus dioses, el uno la iglesia y religión del otro? ¿Estoy siquiera yo, la que esto afirma, una enamorada -por supuesto sigo amando a aquel hombre, la muerte no separa nada-, en situación de hacer declaraciones oportunas al respecto desde el punto de vista del matemático? ¿No es lo mismo que si alguien tratara de salir de un pantano tirando de los propios cabellos? ¿O como si pretendiera decir algo acerca de una multitud de la que se forma parte?

En el prólogo a la explicación de esta contradicción reconocida por Bertrand Russell, la llamada "antinomía de Russell", se halla la siguiente historia: El barbero de una aldea afeitada a un matemático, y hablan sobre el estado de los negocios. "Yo afeitado a toda la gente de la aldea que no se afeitada sola", afirma, satisfecho, el barbero. "¿Se afeitada usted mismo?", pregunta el matemático. "Porque, si se afeitada usted mismo, entonces no es posible que se afeitada usted mismo, pues acaba de decir que sólo afeitada a la gente que no se afeitada sola. Y si usted no se afeitada usted mismo, entonces figura indudablemente entre la gente de la aldea que no se afeitada sola, ¡y acaba usted de decir que afeitada a toda la gente que no se afeitada sola!"

Por tanto, ¿deben dirigirse las preguntas acerca de las grandes pasiones, sólo a personas que no participan? ¿A personas que no las conocen en absoluto o que las entienden como algo completamente distinto? ¿Para las que el amor, por ejemplo, significa lo mismo que apoyo, solidaridad, comprensión y perdón; el amado, un compañero de quien puede uno fiarse, un amigo al que se respalda "pese a todas sus debilidades"? ¿Tendría uno que abordar a estas personas para averiguar algo acerca del

amor? Pues para lo que aquí sucede, tienen ya un nombre: lo llaman esclavitud. Un término lleno de compasión y desprecio a nosotros que de uno hacemos todo, dejando el resto del mundo a ellos, los juiciosos.

Pero, estos expertos en seguros médicos y de previsión para la vejez, ¿realmente pueden decirnos algo acerca del amor? ¿No sería lo mismo preguntar a los peces acerca del vuelo o pedir a los ciegos que describan el cielo estrellado? A fin de cuentas sólo quedan los barberos pueblerinos para hacer declaraciones acerca de las afeitadas. Y aunque desde el punto de vista aritmético se trate de una antinomia (por lo pronto, pues algún día se resolverá también este problema con base en las matemáticas), tal vez sólo las personas como yo podamos informar acerca de la estrategia de Nina Gluckstein para alcanzar la felicidad.

49

PUES ESTA FELICIDAD SUBSISTIÓ.

El sentido de hartazgo que asalta inevitablemente a otros hombres en la cumbre del éxito -¿qué otra cosa pueden desear ya? -le fue ahorrado a Santelmo. Gracias a su renuncia a todas las tiernas declaraciones de capitulación, de las que sedientos están los enamorados, Nina Gluckstein se encargó de que ese hombre, que podía tener lo que quería, nunca tuviese la impresión de poseerlo todo. Evitándole sus muestras de adoración, dio al amado lo mejor de lo que disponía: un anhelo nunca satisfecho por completo, un deseo nunca totalmente cumplido. Precisamente por desearlo sobremanera, jugó a la mujer a la que día tras día tenía que conquistar de nuevo.

Una vez más se me ocurre sin querer una anécdota tomada del mundo de las ciencias naturales: Entre los postulados de Euclides hay uno, el quinto, que una y otra vez ha vuelto a preocupar a los matemáticos: el llamado "postulado de las paralelas". Generaciones de geómetras se han esforzado inútilmente por demostrar su veracidad. Uno de ellos, Wolfgang von Bolyai, fallecido a mediados del siglo pasado, fue llevado casi hasta la locura por el deseo de adueñarse de este secreto. En una carta dirigida a su hijo Johann, también matemático, escribió lo siguiente: "Es inconcebible que se haya permitido esta penumbra fatal, este eterno eclipse del sol, esta mácula en la geometría, esta nube sin fin sobre la verdad virginal... ¡Te suplico que dejes en paz la teoría de las paralelas, por Dios! . . . He realizado trabajos monstruosos, enormes, logrando algo mucho mejor de lo hecho hasta el momento, pero nunca hallé la satisfacción completa. . ."

Bueno, ese hijo, Johann von Bolyai, no se dejó intimidar y finalmente resolvió el problema inventando la "geometría no euclidiana" y formulando el "axioma no euclidiano de las paralelas": *En un plano hay por cada recta r pasando por un punto P al menos dos rectas paralelas.* Es probable que con eso haya destruido la felicidad de su padre: aquel hombre debe haber perdido su sueño, su anhelo.

50

ANTELMO CONSERVÓ SU ANHELO hasta el fin. Gracias a su pasión, temía menos que antes la caída que amenaza en toda cima de éxito. Y no entendía por ello la pérdida de la fama, sino la de la alegría de poder realizar un trabajo para el cual su talento saltaba a la vista. Dado que ahora en su vida había más que su trabajo, lo atormentaba otro

temor -el de perder a Nina Gluckstein- más que el del fracaso: ella era ahora su mayor felicidad; su peor desdicha sólo podía llegarle a través de ella. Y esta indiferencia ante su suerte profesional, la falta de cautela que así le fue posible, por supuesto le dio un éxito aún mayor. Ya que por regla general sólo se obtiene algo cuando no se necesita demasiado. El caballo del rico siempre llegará a la meta un poco antes que el del que está en bancarrota.

En un solo mes escribió, en ese entonces, cuatro de sus títulos más populares: *Vida*, *Los pibes de Quilmes*, *Palabras sucias* y *El cielo de las tías de Marcel*. La composición *Que Dios no me salve* se produjo al poco tiempo. En opinión de los expertos, rebasó todas las fronteras y logró un cambio fundamental en la técnica del tango con esta "blasfemia para seis bandoneones y una voz", de casi una hora de duración.

51

POR CIERTO, PASÓ MUCHO tiempo antes de que los críticos se decidieran por esta opinión: Santelmo era el consentido de las masas, y lo que agrada a muchos no puede ser realmente bueno. El gusto de lo estratos más bajos es declarado arte sólo cuando éstos han partido ya envueltos en la nube de su siguiente falta de gusto.

Me hubiera gustado incluir aquí algunas citas de aquellas aplastantes primeras voces de la prensa acerca de ésta, probablemente la más grandiosa obra de Santelmo, porque creo que se divertirían.

Pero por desgracia el desorden en mi escritorio se hace cada vez mayor conforme avanzo en edad. Sé que en alguna parte lo he juntado todo, pero ya no lo encuentro.

En su lugar, por todas partes están mis papelitos con cálculos garabateados, como los siguientes:

ABRAZOS

Yo: En nuestra última noche nos amamos cinco veces. Si durante estos 21 años nos hubiéramos visto tan sólo cinco veces al año y nos hubiéramos amado cinco veces en cada una de ellas, su muerte nos ha costado hasta la fecha 105 noches de cinco actos de amor. Me faltan, por lo tanto, aproximadamente 525 abrazos.

Nina Gluckstein: Si se supone que Chucho Santelmo sólo pudo pasar un promedio de 200 noches al año con ella, debido a sus muchos compromisos para conciertos, y que sólo la amaba dos veces cada noche, en un solo año natural ella se perdía 400 abrazos suyos por esta absurda muerte.

Al contrario de mí, sin embargo, Nina Gluckstein no tiene que pensar constantemente en esta privación.

U otro cálculo:

HIJOS

Yo: Si hubiéramos tenido 2 hijos y cada uno de ellos posteriormente hubiera tenido otros 2 hijos, etc., sólo 21 generaciones después -suponiendo que una generación dura 25 años- existirían ya 8 388 606 personas como consecuencia de nuestro amor. Más o menos, equivaldría a la población actual de Buenos Aires.

Nina Gluckstein: De haber tenido Santelmo con ella 2 hijos y cada uno de éstos a su vez 2 hijos, etc., dentro de 575 años existirían aquí 33 554 430 personas. Más o menos lo mismo que la población actual de Argentina. Y dentro de 1000 años serían ya 4 398 046 511 104 personas, ¡y el mundo se habría desmoronado bajo las consecuencias de su pasión!

Sé por qué yo no tuve hijos, pero ¿por qué no los tuvo Nina Gluckstein?

Un recado que escribí apenas la semana pasada:

SUEÑOS

Yo: Aunque cuando él vivía nunca apareció en mis sueños, desde su muerte sucede todas las noches.

En estos sueños me encuentro entre sus brazos, y la sensación es tan real que aun después de despertar todavía creo en ella por unos segundos,

Me ha regalado, por lo tanto, 7 665 abrazos soñados en 21 años.

Pero por supuesto los hubiera dado todos por uno solo de verdad.

52

NINA GLUCKSTEIN.

Mientras ella mantenía su actitud de reserva. Santelmo la colmaba de regalos, le cumplía todo deseo. No era que realmente los tuviese aún (lo tenía a él). Pero siempre se esforzaba por inventar deseos que él pudiese cumplir, para que, aparte de su vida, que ahora vivía por ella, también su éxito y riqueza obtuvieran un sentido más allá de él mismo. Una vez, por ejemplo, pasaron en Cabello, cerca de las cuatro de la madrugada –sólo por la noche podían recorrer las calles sin ser molestados-, junto a un palacete cubierto de hiedra, y ella afirmó que le gustaría vivir en ese tipo de casa. Y sólo una semana después él le entregó la llave precisamente de esa casa, en la cual vivieron hasta su muerte.

Los demás regalos de aquel año casi podrían calificarse de reacción en cadena.

Fueron

- a) los tres cuadros de Jensen (330 000 dólares estadounidenses), que le compró para el vestíbulo de aquella casa;
- b) el pequeño avión (176 700 dólares estadounidenses), que le regaló para que llegara con mayor facilidad a las estancias que entretanto poseía en Patagonia y en el Chaco;
- c) la isla (2 350 000 dólares estadounidenses).

Un día de septiembre, al volar en aquel avión a lo largo de la costa brasileña, el aspecto de una isla casi perfectamente redonda, blanca y cubierta de palmeras al centro, situada poco antes de llegar a Santos, le había provocado exclamaciones de arrobamiento. Durante una comida que él le ofreció el 24 de diciembre en el jardín perfumado por flores de la casa en la ciudad -ella cumplía 30 años-, el título de propiedad se hallaba al lado de su cubierto.

Sé que también a los más complacientes entre ustedes les parecerá difícil comprender este aspecto de la conducta de Nina Gluckstein. ¿No hubiera podido encauzar por lo menos una parte de la generosidad de Santelmo en beneficio de los muchos menesterosos de nuestro país? preguntarán, por ejemplo.

Una vez más, sólo puedo presentar conjeturas. Pero supongo que Nina Gluckstein en realidad no sabía que aparte de ella y ese hombre, existían otras personas. Si ustedes y yo y la población entera de la Tierra hubiésemos desaparecido de un día al otro merced a un milagro: mientras él permaneciera, el universo de ella apenas habría cambiado. Pero tal vez realmente esté engañándome y de nuevo soy demasiado pronta para sacar conclusiones acerca de una desconocida, con base en mí misma. Cuando murió mi amado, el resto del mundo se borró para mí por muchos años.

Él, que no me hacía regalos. En esto también era lo contrario de Chucho Santelmo.

53

AUNQUE ES PROBABLE QUE ANTE todo se haya debido a la situación más que espartana que él mismo se originaba. Como político de renombre, seguía viviendo como miembro de la clase de la que procedía. Hasta lo último vivió, por ejemplo, en el departamento de modesto mobiliario que ocupaba al principio de nuestro amor: las mesas y sillas llenas de expedientes, en el otro cuarto la cama, las más de las veces sin tender. El único mueble acolchado se encontraba en el pasillo, donde le servía al guardia para sentarse. Cuando un adversario trató de acusarlo de corrupción durante su tiempo de ministro, se dice que en el Parlamento hubo carcajadas.

Pero una vez, cuando expresé admiración por su reloj de pulsera en un restaurante de la Costanera, se lo quitó y me lo regaló. Se trata del reloj para caballero puesto a las cinco en punto, que ha provocado especulaciones intelectuales tan extravagantes porque lo uso desde hace veintiún años. (Murió a las cinco de la madrugada.) Pero resultó tan mortificante imaginarme sin reloj a ese hombre acosado por las citas, que inmediatamente después de su partida le compré otro, dos veces más bonito, mandándoselo junto con una carta urgente ("No quiero robarte tu tiempo"). Y si alguna vez tuviese que confesar mis pecados en algún juicio final, éste aparecería en primer lugar.

Prefiero pensar en la tarde en la cual lo acosé con "esos malditos números imaginarios", como llegó a decir en una ocasión. Nos habíamos reunido en un hotel en la costa

uruguaya, pero llovía sin parar, y en algún momento tocamos este tema. A pesar de que de hecho sólo había cursado la primaria -de joven se unió a los rebeldes y después de una amnistía del gobierno, pasó directamente a la política-, lo comprendió más pronto que la mayoría de mis estudiantes. Sólo después cobré conciencia de que no pareció haber percibido nada del delirio, del maravilloso vértigo que me había invadido a mí al descubrir ese tesoro. ¡Hubiera podido creerse que no existía nada más natural que los números imaginarios!

Y por desgracia también ha quedado comprobado que al poco tiempo hizo mal uso de sus nuevos conocimientos (me enteré de ello sólo después de su muerte, cuando se publicaron las grabaciones de sus discursos). En aquel entonces, formaba parte de la oposición, y acusó al partido gobernante de "abandonarse a los números imaginarios" en su presupuesto. ¡Y para apoyarse presentó algunos ejemplos de cálculos, manipulados de manera tan horripilante que todavía me dan náuseas hoy! Se levantaron protestas iracundas, a las que respondió con una de sus famosas tiradas de imprecaciones, luego una amonestación, que mediante una anécdota puso de cabeza de tal manera, que todos se echaron a reír, con mayor fuerza por supuesto él mismo.

54

ERA BUENO PARA CONTAR anécdotas, sí, es cierto. Y para las imprecaciones. Y por desgracia, era también demagogo. ¡Era tantas cosas! Cuando estuvimos juntos aquella última vez, al poco tiempo de que él cumpliera

sesenta y cuatro años, todavía realizaba los movimientos impacientes de un hombre muy joven. Nunca lo vi esperar un ascensor, y siempre se anudaba sus corbatas al caminar (al último poseía cinco, y tres de ellas se las había dado yo).

No, la falta de generosidad no tenía culpa de que casi no me regalara nada. Pero, de ser así, ¿hubiera podido distinguirla jamás? Nadie ama a otra persona "con todas sus debilidades": eso es un sueño humanitario del reino del amor al prójimo. En el otro, el mundo real, cada defecto se transforma de inmediato en ventaja, pues sólo así el dios inventado por uno mismo permanece sobre el pedestal. En un oportunista la enamorada admirará el sentido de la realidad; en un ladrón, el valor; en un asesino, el sentido de justicia.

Durante los primeros años, cuando todavía trataba de liberarme de esta pasión- -¡en aquella época aún creía que la libertad hace feliz!- en ocasiones me lo imaginaba en otros papeles menos halagüeños. Lo veía, por ejemplo, en una casa con grandes ventanas, cuadros fríos y costosos en las paredes y en los armarios docenas de trajes cortados a la medida. Pero aun mientras me lo pintaba, se convertía en una mascarada que él, el rebelde, soportaba por alguna causa inmensamente importante. No, nunca se ha amado tanto a un hombre como a éste.

55

NINA GLUCKSTEIN.

Volvamos, pues, a ella y a sus costosos deseos. Una vez pidió una casa con terraza, desde la cual pudiera mirarse muy lejos sobre la llanura, y Santelmo compró un

terreno en la provincia de Buenos Aires e hizo construir sobre él, según los planos de ella, una residencia de acero y cristal de cinco pisos. Se trata de aquel edificio ya mencionado donde por lo menos en mi opinión, se tienen en cuenta de manera tan ejemplar las reglas de la proporción áurea y se crean "condiciones gratas a la vista". Y que posteriormente, durante el tiempo de la cacería, pasó a los anales como "el rascacielos de la pampa".

¿Cómo habrá sido cuando subieron en el ascensor de cristal que se deslizaba por la parte exterior y por primera vez salieron a la terraza? ¿No tuvieron que retroceder ante lo que vieron? Yo, por ejemplo, subí una vez a un silo en la misma región: ¡nunca percibí tan intensamente la vastedad de este país como aquel día! En aquella ocasión se me ocurrió que tal vez sea ésta la razón por la que el amor parece tanto más absoluto entre nosotros que en otras partes. Y que el ateísmo tal vez sea una virtud reservada a los pueblos de las montañas, porque en las regiones donde cada camino, cada mirada se topa con límites, la libertad nene que pesar menos que aquí. Supongamos que Nina Gluckstein le haya preguntado a su marido en aquella primera visita allá arriba, si nuestra música era tan diferente debido a esa falta de límites.

-¿Diferente en qué sentido?

-Inconstante, desgarrada, ¿qué sé yo? ¿Se debe a que en todas direcciones puede buscarse, sin encontrar nada en ninguna?

Santelmo la rodeó con el brazo.

-¡Con todo, te encontré a ti!

Así permanecieron mucho rato, un hombre y una mujer sobre su isla. Una vez más. Nina Gluckstein pensó en la perfección con la que se complementaban sus amores. Él encontraba su apoyo en ella, y ella en el hecho de que lo buscara allí. Él luchaba por la cercanía; ella, por la distancia.

Se soltó de su abrazo y pasó al otro lado, donde estaba poniéndose el sol. Un observador lejano seguramente debía protegerse los ojos con la mano para no ser des-

lumbrado por el palacio de cristal. Pero ella se preguntó si alguien viviría siquiera en esa región desierta.

56

ASÍ, PRONTO ELLA GOZABA efectivamente de todo lujo concebible (es decir, de todo aquel que ella podía concebir) menos el siguiente: no podía confesarle el carácter tan absoluto del amor que sentía por él. Cuando él se lo preguntaba, contestaba: "Por supuesto que te quiero". Pero lo decía a la ligera y con una sonrisa que siempre le dejaba a él un poco del deleite y el tormento de la duda.

Sólo por la noche, cuando él la poseía una y otra vez y ella se entregaba una y otra vez, llegaba a susurrar, de cuando en cuando, un juramento de amor. Por lo menos puedo imaginármelo. Pero en realidad no ofrecía peligro, porque Santelmo podía pensar que tales manifestaciones de devoción balbucidas en éxtasis tal vez no tuvieran validez ya al amanecer, y que aquí solo había sucumbido el principio mujer al principio hombre.

Más aún. Como el bolichero de su tango El otro, es probable que en tales momentos se haya preguntado, invadido por los celos, si ella le haría las mismas confesiones a cualquier otro que le diera tanto placer. Que sólo en sus brazos experimentaba tanto placer porque sólo a él lo deseaba con tal intensidad, así y todo no hubiera podido admitirlo, en interés del deseo de él.

57

A sí PASARON LOS AÑOS, y aún perduraba su pasión. Había comenzado una verdadera marcha triunfal del tango nuevo. Si la indescriptible música de nuestro país halló cada vez mayor admiración fue también gracias a Santelmo. Aun en Europa comenzaba a comprenderse paulatinamente que el tango no había forzosamente que bailar. En los demás países latinoamericanos, con todo se había corrido con pasos gigantescos al encuentro de nuestra música: cuanto más se escapaba la población de su devoción de iglesia, cuanto más libres (falta de sostén) se sentían, más se identificaba con la libertad (inestabilidad) de esa música tan imprevisible.

No puede decirse que la gente empezara a amar el tango. Era el espejo de sus temores, y sólo cuando alguien como Santelmo se hallaba sobre el estrado eran capaces de disfrutarlos: Ciertamente los conducía al abismo, pero \ a la vez los sujetaba! Cuando procuraban olvidar su libertad, exigían tanto como antes las armonías estrictas de los compositores clásicos o los ritmos cumplidos de la música pop de uso más corriente. Pues ahí se pedía obediencia a sus sentimientos y se fijaban los límites siempre anhelados a su fantasía.

Por supuesto, nadie lo habría reconocido. Que a nada le tememos tanto como precisamente a la libertad que sin cesar exigimos, ha de ser el último tabú aún intacto en este siglo de luchas por la libertad, que ya se aproxima a su fin. A pesar de que un reconocimiento abierto de esta debilidad tan humana sería la única estrategia apropiada contra las sangrientas carnicerías a las que todos los años dejamos que nos guíen nuestros respectivos ideólogos, apedrearíamos a todo aquel que nos dijera la verdad en este sentido.

Medio milenio después de su muerte, el “monstruoso vicio” descubierto por el joven Étienne de La Boétie es más peligroso que nunca. Quien no logre entregar su libertad a un dios exclusivo y hallar su religión en el servicio al amado o a algún necesitado de protección (o aturdir su miedo a la libertad con el trabajo y las drogas), se precipitará incesantemente de un objetivo al siguiente y finalmente aplacará su anhelo de la “servidumbre voluntaria” con una de las grandes religiones:

Iglesias, sectas, partidos, ideologías de todo matiz. Y cuanto más personas participen en un culto, más asoladoras serán las consecuencias que las órdenes de su dios tengan para los ajenos a él.

58

NINA GLUCKSTEIN.

En todo caso, Santelmo viajaba mucho ahora y, dado que no lo acompañaba en sus giras -él hubiera podido pensar que lo necesitaba-, con frecuencia estaba sola. Mientras él, que tenía su trabajo, de ningún modo pensaba constantemente en ella, ella en realidad estaba siempre con él en el pensamiento. No se esforzaba siquiera por desarrollar otros intereses. Su interés era él, y sólo era interesante lo que pudiese contribuir a ocultarle este hecho. Sólo así puede explicarse también su pasión por el ajedrez: era fingida.

En ausencia de Santelmo oía música -las más de las veces la de él-, visitaba galerías de arte, compraba ropa, jugaba contra la computadora de ajedrez y se limitaba, por lo demás, a preparar su cuerpo como un objeto para

el regreso y la sensualidad de él. A Santelmo nunca se le hubiera ocurrido que ella contaba incluso los minutos hasta su llegada. En ocasiones se arreglaba, una hora antes, como si acabara de regresar de una compra en la ciudad: traje sastre, zapatos de tacón, mucho maquillaje. Entonces, se sentaba en un sillón con un libro y simulaba haberse dormido mientras leía. Y sólo al tocarla él -cuando le sacaba tiernamente, por ejemplo, el libro de las manos o le soltaba con delicadeza el cabello recogido-, jugaba a despertar.

59

DE LOS DEMÁS HOMBRES ni se daba cuenta. Por supuesto, el éxito de Santelmo también le había granjeado enemigos que sospechaban, naturalmente, que en nada sería posible herirlo más mortalmente que por la infidelidad de ella. Y, aunque no era hermosa en el sentido convencional, muchos de sus amigos creían que debía serlo porque él la deseaba, y la deseaban a su vez.

Por lo tanto, se encontraba siempre al centro de una atención masculina fundada en lo que fuera. Pero, en caso de que tomara nota de otro hombre, sucedía por las apariencias y exclusivamente en presencia de él. Un matemático diría que el amor de Nina Gluckstein a Santelmo era un continuo: No es posible escurrirse entre los puntos de una recta, dice la regla correspondiente. -Cuando estaba sola, en todo caso, prefería pensar en él.

Dado que él no tenía manera de saberlo, nunca estaba del todo tranquilo durante sus viajes. No había lugar en el mundo desde el cual no le hablara por teléfono al menos una vez por la noche. En una ocasión llegó al extremo de preguntarle si no lamentaba que precisamente ella (que

podía tener a cualquiera) tuviese como marido a alguien que no era más que un cantante de tango.

-No -afirmó ella-, no lo lamento.

-Pero podrías tener a cualquiera. A un médico, por ejemplo; ¿qué sé yo?

Ella se rió.

-No estoy enferma.

-Un profesor universitario, un juez. . .

-¡Díos mío!

-¿Qué le ves a un cantante de tango?

No dijo que en todo el mundo era el único que le interesaba. Sólo repitió que no lo lamentaba.

60

CUANDO UNA VEZ LA engañó, durante una gira por un país vecino -al día siguiente apareció en la primera plana de los periódicos de variedades de ambos países-, ella se lo perdonó tan pronto y tan de buen corazón, que él se espantó. Si a partir de entonces le fue fiel, no fue por consideración a los sentimientos de ella, ni siquiera por miedo a un desquite (al que ciertamente se hubiera sobrepuesto con dificultad). Aún más intenso era el temor de que su infidelidad le fuera indiferente, pues no habría soportado esta certeza.

Por supuesto era absurdo: los celos que ella sintió durante aquellas semanas fueron desoladores. Pero el mayor temor de *ella* no era que él conquistara a otra mujer, sino que conociera a alguna que se resistiese a él. Desde su punto de vista, el peligro era reducido, por cierto: a su parecer, él de hecho era irresistible.

Nota: La naturalidad con que Nina Gluckstein suponía que ninguna mujer podría resistir a Santelmo: ¿no muestra una vez más que al menos ciertos reconocimientos de las matemáticas también tienen validez en el campo no matemático? Tengo que pensar en Platón. Según él, las ideas que nos hacemos de las cosas son más "reales" que las cosas mismas. En este caso, la cosa era un hombre, y Nina Gluckstein habría creído embustera o demente a toda mujer que declarase no poder enamorarse de él. Y la llamada "función de Euler", que dice que no se puede derivar hasta el infinito a partir de un número cualquiera, también sirve de ejemplo para ello.

Suponiendo que fuera posible reunir a personas sin edad determinada en un espacio imaginario: yo, por ejemplo, que admiro a Santelmo como artista y que estoy totalmente en condiciones de reconocer su peculiar encanto así como su raro tipo de belleza, seguramente no habría sido seducida por él. Y no sólo porque ya estaba cautivada por otro, por un hombre que Nina Gluckstein, por ejemplo, probablemente no hubiera notado siquiera.

Sí él se hubiera resistido a Nina Gluckstein prefiero no considerarlo: mis celos tampoco han cesado, desgraciadamente, con su muerte. No permitiría ni siquiera a una muerta aproximarse a este muerto en mi imaginación. ¡Mucho menos a Nina Gluckstein!

61

PRECISAMENTE ESTA FIDELIDAD RESULTÓ fatal para ella y para Santelmo. El exclusivismo de su pasión contenía ya el germen del fin: como un dinosaurio, su amor tuvo que perecer por su propia magnitud. Pero de habérseles

preguntado qué preferían, un acontecimiento como ése o una larga vida en la mediocridad, cada vez hubieran vuelto a elegir la de ellos y a su amor.

Los antecedentes del cambio son fáciles de explicar: Su música había convertido a Santelmo en el ídolo de una generación: para muchos, sobre iodo los jóvenes, se había vuelto un verdadero dios. Que este dios idolatrara desde hacía una década a la misma mujer, cuyos méritos para tal adoración no se manifestaban en absoluto a ellos, sus discípulos (¡ni siquiera era hermosa!), lo hacía parecer más débil de lo conveniente para sus deseos de idealización, un ídolo que necesita a otro parece poco sublime.

Hubieran podido renunciar a él y a sus canciones, privarlo de sus oraciones y abandonarlo al anonimato. Pero su manera de presentarse era demasiado espectacular para ello; su música, demasiado voluntariosa; ellos, los fanáticos, demasiado adictos a la sumisión. Decidieron, por lo tanto, devolverle su fuerza librándolo de su debilidad: esa mujer. Pues sólo si él se hacía responsable de su libertad, podían ellos entregarle la suya. Sólo si él no era el esclavo de nadie, ellos podían seguir siendo los suyos.

62

LA LLAMADA A LA cacería humana tuvo lugar a través de la señal tradicional. Una revista -en este caso la publicación masiva Vos-, que había percibido la nueva irritación entre sus millones de adeptos, publicó en la portada de su número del 17 de agosto un retrato poco favorecedor de Nina Gluckstein (llevaba sus lentes oscuros y daba una impresión aún más reservada que de costumbre) y debajo, la pregunta: ¿Quién es esta mujer? En el texto correspondiente era atacada brutalmente por primera vez. Ya no era

calificada de seria sino de fría; ya no de fascinante sino de fea; ya no de enigmática sino de codiciosa y calculadora.

Se hizo una larga lista de sus propiedades: las estancias, casas, cuadros y coches que él le había regalado en el curso de los años, el avión, la isla, el "rascacielos de la pampa". Con la ayuda de espías, entre ellos la secretaria ya mencionada, Alfonsina Menéndez, se calcularon sus gastos en alhajas, ropa y personal de servicio. Y dado que el ataque sorpresa se convirtió en un gran negocio, las demás publicaciones en brevísimo tiempo se convirtieron a la nueva línea y dieron a conocer diariamente nuevas pruebas de su avidez, de ser indigna de un hombre como Santelmo.

Aunque no se llegara a abiertos insultos antisemitas, se mencionó en muchos comentarios que Nina Gluckstein era, al fin y al cabo, diferente. Pese a que los Gluckstein, originalmente de Viena, ya estaban establecidos en Argentina en tercera generación, a veces fue calificada de forastera, aun de extranjera. Nunca se le hubiera ocurrido a nadie negarle el derecho a su patria a Santelmo, cuyos antepasados habían inmigrado más o menos por la misma época de España y de Italia.

Y por supuesto se hicieron conjeturas, una y otra vez, acerca del "verdadero carácter" de la gente pelirroja.

63

NINA GLUCKSTEIN.

Si Santelmo la hubiera amado menos, todo ello habría pasado sin afectarlos. Pero, así, reaccionó al desafío de la manera más equivocada posible. Durante una presentación de varias horas en la televisión, improvisada por deseo

suyo por la emisora ATC, cantó exclusivamente sobre ella y su amor. Y en el plazo de pocos días escribió otros tres títulos en que la glorificaba más que nunca. Y dado que estas piezas, compuestas en extremo espíritu de lucha -los tangos *Lo tenés todo*, *Decíme* y *Río marrón*-, figuran entre lo más inspirado escrito por él jamás, que precisamente por esta razón las interpretaba con más agresividad que todo lo anterior, resultó más difícil para sus prosélitos negarle las muestras de sumisión. Y la furia contra ella, esa estrella tan deslucida de su estrella, se intensificó aún más.

64

Y UN DÍA EFECTIVAMENTE llegó el fin. Santelmo cantó en un estadio de fútbol ante más de veinte mil personas, tantas como nunca antes, pues el espectáculo de su lucha solitaria atraía, entretanto, también a gente que normalmente permanecía indiferente a su música. Debió de sentir el peligro en cuanto salió al escenario. Sus músicos dirían después que cambió el programa en el último instante y que, al contrario de su intención original, cantó primero varios títulos del primer tiempo. Entre ellos, algunos tan populares como *Aquella tarde en Belgrano*, el tango con el que se hizo famoso. Esa noche incluso interpretó la composición de un colega, lo cual sucedía rara vez: *Balada para mi muerte*, la magnífica canción de Astor Piazzolla. Después, muchos consideraron esta extraña selección como una prueba de las facultades sobrenaturales de Santelmo: ¿Quería dar a entender al público que sabía exactamente lo que le sucedería esa noche? En sus comentarios, muchos periodistas lo relacionaron con Jesucristo, quien también anunció su muerte a los discípulos.

En todo caso, el destino también siguió su curso aquí. La aclamación fue relativamente débil: esa noche se había ido para otra sensación; todos parecían contener el aliento.

Así, Santelmo se aproximó finalmente al micrófono, los hombros como de costumbre encorvados bajo una carga invisible, la cabeza en la postura de un cóndor dispuesto a atacar, y dijo, con voz burlona; "La siguiente pieza se llama Nina Gluckstein. La canto en honor de mi mujer". Y entonces, apenas había dado su señal a los músicos -con el cigarrillo entre los dedos- y tomado el instrumento, alguien gritó en medio del silencio: "¡Tu mujer es una puta!", y algunos del público empezaron a reír.

65

TODAVÍA LOGRÓ DEFENDERSE DEL primer golpe y, cuando se desvanecieron las risas, repitió: "El tango siguiente lo canto en honor de mi mujer". Esta vez, la respuesta llegó por muchos miles de gargantas: "¡Tu mujer es una puta!" Y la risa que siguió también fue más fuerte que la primera vez. Pero, cuando dejó el instrumento a un lado, de inmediato se produjo el silencio.

66

APAGÓ EL CIGARRILLO (mitad del país lo observó; como mencioné antes, el concierto fue transmitido por la televisión), bajó lentamente del estrado, en la rampa sacó el puñal del cinturón y penetró derecho entre la muchedumbre, con el arma desnuda. Y cuando se redujo el pánico y enmudecieron los gritos, él yacía, con muchos otros, bañado en sangre en el suelo.

67

NINA GLUCKSTEIN.

Una multitud furiosa, contenida por el cordón policíaco, se encontraba delante del estadio cuando ella llegó. La atravesó sin miedo: ya no había nada que temer. Seguramente no se dio cuenta de los insultos que se dirigieron contra ella. Los coros cada vez más fuertes, cada vez más llenos de odio, en los cuales concurren los seguidores de Santelmo afuera, después de su llegada, probablemente ni los oyera. Tampoco las sirenas de las ambulancias que regresaban una y otra vez. Las calles estaban azules con su luz más allá de la arena deslumbrantemente iluminada.

Como siempre, llevaba anteojos oscuros, y su pelo colorado recogido, como de costumbre, en la nuca. Pero en un tango compuesto posteriormente por otro, se decía que aquel último día se le había visto sonreír por primera vez.

68

LA LLEVARON A LA habitación donde él se encontraba provisionalmente de cuerpo presente -un cuartito blanco en la estación de sanidad-, y sólo cuando la puerta se hubo cerrado detrás de ella y se encontró a solas con Santelmo, se quitó los lentes para el sol. Retiró el lienzo que le cubría el cuerpo lacerado -el amuleto no lo había protegido-, y le declaró por segunda y última vez su amor. Lo hizo lentamente, con calma, punto por punto. Afirmó también, por ejemplo, que su pasión sólo había crecido día a día durante esos diez años: ¿Qué decepción habría podido causarle todavía saberlo? Entonces, empuñó el arma de plata que él le había regalado, se tendió a su lado y lo siguió a la muerte.

No fue un acto de heroísmo: El mundo de los vivos era ahora para ella un conjunto vacío (\emptyset), mientras el reino de los difuntos, por la muerte del amado, se había convertido en el infinito (∞). Es probable que por eso no mencionara expresamente, en aquella última declaración de amor, que sin Santelmo no podía vivir. Desde el punto de vista matemático no había otra solución y, además, ya se lo había dicho aquella vez, en aquel primero de enero a la una de la madrugada.

69

DIGAMOS, PUES, QUE TODO fue así. Digamos que existe una fórmula según la cual funcionan las grandes pasiones, y que Nina Gluckstein, la esposa del cantante de tango, la conocía. Que fue lo bastante desprendida para no

entregarse al amado, no por completo. Que fue lo bastante sabía para no adorar a su dios. Que por su renuncia a los juramentos de amor hizo posible, para el hombre a quien amaba en forma tan desmesurada, el milagro de un amor desmesurado. Que gracias a la aplicación de la fórmula hizo felices a Santelmo y a sí misma.

Y, en caso de que me permitan adelantarme todavía un pasito más: Digamos que el hecho de que haya sido yo quien descubriera (¿debería decir inventara?) el secreto de Nina Gluckstein tal vez no sea una casualidad, después de todo. Un extraño pensamiento me asaltó una y otra vez al escribir esta historia: Dado que ahora creo saber cómo amar, ¿no existirá también un lugar donde pueda demostrar mi hipótesis? ¿Es iluminada inútilmente una anciana como yo?

Sé que precisamente de los matemáticos no se esperan tales ideas. Pero sólo es el prejuicio de siempre. ¿No han demostrado justamente las matemáticas que de cuando en cuando también lo inconcebible es posible, a pesar de todo, en alguna otra dimensión? Una vez más, lo primero que se me ocurre son los números imaginarios. Un asunto absurdo, como parecía al principio. Pero luego no resultó un absurdo, sino tan sólo una paradoja, es decir, una declaración cierta que al principio fue considerada falsa. Nuestras excursiones a estrellas y satélites nos comprueban día tras día cuan real es este mundo de los números descubierto gracias a la fantasía del matemático.

Y ¿por qué no habría de mostrar un poco de generosidad conmigo misma durante esos últimos días, semanas, meses, que aún me quedan? Pitágoras confió en la inmortalidad del alma: evidentemente, porque necesitaba esta fe. Platón habló de que Dios "procede siempre geoméricamente", y vio en la geometría la prueba de su omnipotencia. Para Leibniz, lo "actual-infinito" era un ardid con el cual la naturaleza ilustraba la perfección del Creador. ¿Por qué yo, la discípula, no había de permitirme pensar en un mundo en el cual tal vez vuelva a ver al único hombre

que amé? ¿Aunque sea por el simple motivo de que no puedo vivir ni morir sin esta idea?

No teman, la escéptica no se ha dado por vencida: digo tal vez. Sí estuviera segura de encontrarme otra vez con aquel hombre en otra vida, hace mucho que no sería ya de este mundo. Pero, suponiendo que entonces me encuentre en sus brazos, digamos sobre una pradera, donde las flores son más grandes y hermosas que en otras partes, o a la sombra de algún pinar: ¿No volvería de inmediato a cometer los mismos errores? ¿No le diría antes que nada lo solitarios que fueron estos muchos años y cuánto anhelé ese abrazo?

Aun después de todo lo que ahora creo saber: ¿Tendría alguna vez yo, Roberta Gómez Dawson, la grandeza de Nina Gluckstein? ¿Puede poseerla un enamorado? ¿Es posible ser a la vez frío y apasionado, reservado y ansioso, poderoso y desamparado? ¿Será la aplicación de la estrategia Gluckstein un privilegio de gente que no la necesita, porque no se quiere conquistar a quien con ella podría conquistarse (no se lo quiere) y ahí donde uno se consume se hace imposible todo cálculo matemático? Bueno, tal vez otros puedan comprobar por vía experimental la utilidad de la fórmula Gluckstein. Para mí es demasiado tarde.

70

LO DE LA CONTINUACIÓN en la que a veces pienso ahora: Por supuesto, también Santelmo especuló un poco con ella. Pues ¿cómo iba él, precisamente, a resignarse a estar separado para siempre de su amada? La muerte es un lío.

Un argentino, un viejo conocido, quizá, dice, por ejemplo, una de sus canciones. Bueno, ahora sabe si es un argentino.

Por cierto, he mandado reponer, entretanto, la pieza de unión que faltaba. Desde el 24 de diciembre -Nina Gluckstein hubiera cumplido 35 años-, él y su amada, por lo menos en el monumento, vuelven a tomarse de las manos.

Nota final

ESTA NOTICIA, QUE LEÍ en un periódico hoy por la mañana, en mi banca del parque -una mañana espléndida, ¡la estatua intacta!-, me hizo reír:

Un apátrida chino de 44 años se encuentra actualmente en una cárcel de Ginebra porque pasaba, imperturbable, cada momento disponible en una librería china de la misma ciudad, para contemplar a una vendedora china. La mujer, que ya está comprometida para casarse, tuvo que llamar varias veces a la policía para echar a su admirador. No obstante, siempre regresaba. Una acusación por allanamiento de morada y dos arrestos menores de ocho días no lograron cambiar su parecer. El 18 de diciembre fue detenido por tercera vez.

-No, no puedo asegurar que no volveré a la librería -afirmó ante el ministerio público-. Su único delito es estar enamorado -lo defendió su abogado. También indicó que el arresto actual es excesivo. El ministerio público reconoció, ciertamente, que la cárcel a la larga no es solución, pero también opinó que por lo pronto es el único lugar donde el enamorado solitario puede entrar en razón.

En el camino de regreso, concebí algunos versos en honor de este desconocido. Aquí los agrego:

Chino, necio hermano mío
No has entrado en razón,
lo sé.
No la has conquistado.
Así no se conquista a nadie.

Quien ama
se encamina a perder.

Proverbio chino.

¿Por qué no lo escuchaste?

PORTADA: REMEDIOS VARO, LA CREACIÓN DE LAS
AVES, 1958 FOLIO SOBRE MASONITE 54 x 64,
COLECCIÓN DOCTOR MANUO HERNÁNDEZ
(FOTO PROGRAMA DE DOCUMENTACIÓN CENIDIAP-
INBA).

ESTA EDICIÓN DE 8 000 EJEMPLARES SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL 5 DE ENERO DE 1987 EN LOS
TALLERES DE LITO VAN DICK
VAN DICK 105 COL, SANTA MARÍA NONOALCO
01420 MÉXICO, D. F.



LAS MATEMATICAS DE NINA GLUCKSTEIN

Esther Vilar

Esta es la historia de amor de una "legendaria" pareja: Nina Gluckstein y Chucho Santelmo. El, idolatrado creador argentino de tangos, es objeto de la veneración de su pueblo. Ella, una judía consentida en forma desmedida por Chucho durante su matrimonio de diez años, es la mujer más odiada de Argentina.

¿Cuál es, sin embargo, la estrategia de amor de Nina? ¿Puede reducirse a una fórmula? ¿Es Nina la mujer que sabe cómo "funciona" el amor? La fórmula parece fácil de comprender, pero es infinitamente difícil de vivir. "Tan sólo con el lenguaje de las matemáticas puede describirse adecuadamente el mundo en que vivimos". Existe un medio seguro para atar a otra persona a sí: no hay que mostrarle la intención. Nina Gluckstein es la mujer que ha reconocido, empleado y vivido esta fórmula, pero también la ha sufrido.

La estrategia seguida por Esther Vilar obedece a leyes matematico-filosóficas. Aprovecha todos los axiomas y teoremas concebibles. Rara es la ocasión en que el amor se ha presentado de tal manera reducido a lo esencial como en esta brillante novela corta: brillante en la idea, la forma y el lenguaje. A la vez es ésta una historia de amor llena de agudeza y de sutil tensión. *Las matemáticas de Nina* son matemáticas del corazón, de amar y ser amado.

Esther Vilar se revela como una novelista agresiva, sagaz y de brillante estilo.